

VIVANTS!

# CONTROL Z



F.M.J.

# 1

Cuando el Fin del mundo llegó, todos tuvimos que sacrificar algo. Algunos sacrificaron su moral. Otros su ética. Algunos sacrificaron su cordura. Algunos la risa, otros el sueño. Algunos sus bienes y otros sus males. Algunos su orgullo y otros su ambición. Algunos sacrificaron a sus seres queridos y otros a sus seres odiados.

Y una inmensa mayoría (cuyo número exacto no puedo precisar por carencia de fuentes fidedignas) sacrificó su propia vida.

\*\*\*

El Fin del mundo tuvo su origen en la extinta República de Colombia, una alegre y pintoresca patria, que para ese momento estaba habitada por cuarenta y pico millones de ciudadanos, adictos al “guaro” y a los tamales. Ocurrió exactamente el día en el que tenía que ocurrir. Ese día en el que para cualquier colombiano, el único acontecimiento capaz de hacerlo peor, era precisamente... el Fin del Mundo.

\*\*\*

Ese viernes, Boris Hernández se levantó medio zombi a las 8:47 am. Había estado ensayando con su bajo hasta las 4 am y llevaba apenas cinco horas de sueño cuando recibió una llamada de su hermano Pablo. Lograr vencer la somnolencia le tomó varios segundos, en los que el celular vibró sobre la mesa unas cuatro veces. Cuando alcanzó el teléfono y pudo contestar, su hermano ya había colgado. Intentó devolver la llamada pero fue en vano: buzón de mensajes.

Las noticias que salían del radio inmortal de la abuela María, se colaban por su puerta entreabierta. Era una voz masculina que describía uno a uno los acontecimientos del momento, de una manera elegante y parsimoniosa, capaz de anestesiar el oído de los radioescuchas, para que recibieran sin dolor toda esa sarta de tragedias.

Boris se dirigió al comedor para recibir su ración matutina de proteína y jugo de guayaba con naranja. La abuela recibió al nieto con un beso y un abrazo sentido. Ese día se cumplía un aniversario más de la muerte de sus padres, fallecidos trágicamente en un accidente automovilístico.

Boris no tenía tan presente la fecha, pues al momento del suceso era un pequeño de cuatro años, pero el atípico saludo de la abuela se lo había recordado. “Por la tarde vamos a visitar a sus papis”, le dijo María, con el dolor todavía latente en la voz, y continuó lavando los platos.

El abuelo Leonardo estaba sentado en la mesa, leyendo el único periódico de circulación nacional, cuya suscripción renovaba sagradamente todos los años para que no se pusiera en tela de juicio su nivel cultural (¡y porque no había otros periódicos “serios” en este país, ala!). El titular en primera plana decía “La fiebre amarilla se toma el Metropolitano”, en referencia a una enfermedad nacional que había aportado su buena cuota de muertos: el fútbol.

Al percatarse de la presencia de Boris, el abuelo emitió un gruñido moderado que pretendía funcionar como un “buenos días” y prosiguió con su lectura. Contrario a la abuela, al viejo Leonardo nunca le había gustado recalcar el carácter trágico de aquel día. En la radio, el periodista hacía juiciosamente un arqueo de todas calamidades que ocurrían aquella mañana bogotana, bajo ese sol-de-lluvia, henchido y resplandeciente.

Por una parte estaba el paro de camioneros, que a esa hora bloqueaban la autopista Medellín. Por otro, un aparatoso accidente ocurrido en la autopista Norte, que involucraba un bus de servicio público y una camioneta de transporte escolar cargada con 23 niños, de los cuales casi la mitad habían fallecido. Hablaba también de un incendio en una planta química en medio de la zona industrial, que los bomberos tenían serios problemas para controlar.

Al mismo tiempo, el paro agrario se mantenía en casi todo el territorio nacional, y ese día, los miembros de la Federación Colombiana de Educadores habían decidido unirse al movimiento. Su objetivo inmediato era tomarse “pacíficamente” la Plaza de Bolívar, luego de marchar por varias avenidas importantes haciendo colapsar el tráfico vehicular.

Sin embargo, los “profes” iban a tener que compartir la plaza con una “Minga” sin precedentes en la historia, que reunía a más de diecisiete mil indígenas, venidos de diversas regiones del país y que estaban acampando en el lugar desde hacía una semana. En otro punto de la MISMA ciudad, la embajada de Noruega había amanecido bloqueada por un inmenso grupo de desplazados, venidos desde el Tolima, que solicitaban a este filántropo país escandinavo una ayuda económica y política para poder regresar a sus tierras y recuperar la dignidad.

Un poco más allá, un barrio completo del occidente de la capital se encontraba bajo el agua, por causa del invierno aterrador que azotaba el país bananero por esos días. Adicionalmente, la crisis del sistema de salud había tocado fondo, razón por la cual más de la mitad de los hospitales de la ciudad se habían declarado en bancarrota y los que seguían operando, apenas podían hacerlo con normalidad.

Y así sucesivamente...

\*\*\*

Con un prontuario de sucesos como este, en apariencia infinito, es comprensible que la noticia verdaderamente más importante del día haya pasado desapercibida en casi todos los medios de comunicación, salvo en uno: El Universo.

Este glorioso periódico local de antaño, caracterizado por su profundidad y sutileza en el manejo visual y textual de la información, fue el único que publicó (y hasta en primera plana) la noticia sobre un doble crimen pasional, ocurrido la noche anterior en el barrio Buenos Aires, localidad de San Cristóbal, al suroriente de la ciudad.

\*\*\*

Honorio Caita trabajaba como celador en el Hospital General Universitario, uno de esos centros médicos que estaban pasando por una crisis presupuestal. El hombre llevaba casi un año sin recibir su paga, pero aún así regresaba a trabajar por un profundo compromiso con la institución (y porque no soportaba quedarse en casa con su mujer).

Todos los días muy temprano, compraba su ejemplar de El Universo y se lo leía durante los ratos aburridos del turno. Le encantaba llenar los crucigramas, aprenderse chistes, ver mujeres semidesnudas, pero sobretodo, leer acerca de las incontables desgracias que les ocurrían a sus conciudadanos. De esta forma lograba sentirse un poco mejor consigo mismo y encontrar algo que mitigara ligeramente el peso de sus múltiples problemas.

Esa mañana, mientras la ciudad comenzaba a despertar y los bogotanos se preparaban física y psicológicamente para enfrentar otra jornada de smog, multitudes, improvisaciones de rap, trancones, filas, almuerzos ejecutivos, miedos, etc., Honorio Caita leyó la noticia de primera plana en su periódico favorito.

El reportero de El Universo describía (y retrataba) con lujo de detalles la forma como un hombre, llamado Alexander Elías Machado, de 28 años, había asesinado a su esposa y al amante de ésta, utilizando un martillo y un cuchillo de cocina.

Al parecer, el homicida había sorprendido a su compañera sentimental en pleno acto sexual con el otro y se había enloquecido de celos, lo que finalmente lo condujo a terminar con ambas vidas. Los gritos de la mujer alertaron a los vecinos que optaron por llamar a la policía.

Cuando los uniformados arribaron a la escena del crimen (media hora después), Alexander ya estaba lejos de su casa.

\*\*\*

Alexander Elías (a quién podríamos bautizar como “El Paciente A”), había llegado en horas de la tarde a Bogotá, proveniente de Leticia. Durante el último mes había estado trabajando en algún lugar recóndito de la selva amazónica, donde se realizaban exploraciones petroleras ilegales.

Por cuestiones de orden público, la empresa extranjera que lo había contratado decidió enviar de regreso a una buena porción de sus trabajadores, razón por la cual Alexander apareció en su casa mucho antes de lo que su esposa había presupuestado.

\*\*\*

El vuelo desde el extremo sur del país había sido un martirio para el hombre, debido a los escalofríos, dolores y punzadas que sentía en el todo el cuerpo. Esa mañana había detectado en la piel de su espalda unas ampollas pequeñas y redondas que se reventaban con solo tocarlas, así como una extraña mancha verdosa cerca del abdomen.

El avión hacia Bogotá iba repleto de pasajeros, ocupado principalmente por Alexander y sus compañeros de trabajo, venidos de muchos lugares de Colombia como Medellín, Barranquilla, Cali y Bucaramanga. El resto de personas a bordo eran extranjeros, pertenecientes a una excursión ecológica compuesta por cuatro gringos, dos franceses, dos alemanes, un japonés, dos mexicanos, dos australianos y un israelí.

\*\*\*

Luego de matar a su esposa y al infeliz que le servía de amante, Alexander Elías bajó corriendo por las calles empinadas y al llegar a la carrera décima sintió que perdía sus fuerzas. Intentó detener un taxi, pero estaba pidiéndole demasiado a la noche: tenía la ropa manchada de sangre, deliraba de fiebre y se le dificultaba caminar, por lo que parecía un borracho más por las calles del barrio.

El sonido de una sirena de policía en la distancia lo condujo a ocultarse en un lote abandonado, detrás de un gran montículo de escombros. Al cabo de algunos minutos de esperar en vano la

aparición de los uniformados, Alexander cayó desmayado.<sup>1</sup>

El homicida permaneció en esa posición durante varias horas, tiempo durante el cual un mendigo que pasaba aprovechó para robarle la billetera, el reloj, el celular y los zapatos. La mayoría de estos artículos de valor serían convertidos en “bazuco”.

\*\*\*

Con las primeras luces del día, un obrero que ingresó al lote para comenzar a llevarse los escombros, descubrió el cuerpo inconsciente de Alexander. Una ambulancia (45 minutos después) lo condujo hasta el centro médico más cercano: el Hospital General Universitario.

Por cuestiones del destino, Pablo, hermano mayor de Boris, se encontraba trabajando en el mencionado hospital, en el área más entretenida de todas: Urgencias. Como cualquier estudiante de medicina, Pablo había tenido que realizar al menos una práctica profesional en algún hospital de la ciudad, que estuviera ubicado más allá de la Avenida Jiménez, después de esa frontera invisible entre el Norte pudiente y el Sur empobrecido.

Un gran porcentaje de sus colegas de semestre habían quedado hastiados de tanta miseria, tanta mala suerte, tanto *fatum*, y después de terminar la carrera se habían dedicado a operar tetas y narices de señoras ricachonas.

Sin embargo, al doctor Hernández le gustaba aquel choque brusco y errático con la realidad oscura y sangrienta de su país, y era innegable que profesaba un gran humanismo. Tanto, que buscó su ingreso al pabellón de Urgencias de un modesto hospital público, donde sentía que podía hacer más por sus congéneres enfermos.

El problema era que curar a los pobres no era un buen negocio y por ende su entusiasmo se reducía a la misma velocidad que su cuenta bancaria. Al igual que la mayoría del personal, llevaba casi un año sin recibir la totalidad de su sueldo y comenzaba a cuestionarse el sentido de trabajar ahí.

La gerencia culpaba a las EPS (Entidades Promotoras de Salud) de no girar los recursos, mientras que el personal sospechaba que con toda esa platica se estaban comprando edificios en Miami o pagando cruceros por el mundo en 80 días.

---

<sup>1</sup> Incluso si la policía hubiera llegado inmediatamente y capturado al asesino, lo más probable es que quedara libre algunas horas después. Así que en definitiva: el Fin del mundo era inevitable.

\*\*\*

Durante el corto trayecto hacia el hospital, los paramédicos de la ambulancia habían notado en el “paciente A” un extraño color de piel. Una posterior inspección les reveló que tenía el cuerpo cubierto por unas desagradables manchas verdosas que emanaban un olor amargo y terroso. Sobre las manchas crecía un extraño brote compuesto por miles de pequeñas ampollas redondas, que se estallaban al contacto.

Le encontraron también una pequeña protuberancia en la nuca, un cuerpo extraño que parecía estar creciendo debajo de la piel y amenazaba con aflorar en cualquier momento.

\*\*\*

Alexander Elías ingresó en el pabellón de urgencias de “La Samaritana” a las 6:15 am, sin zapatos y con una fiebre de 45 grados centígrados. Después de valorar su condición, la enfermera decidió acostarlo en una camilla y darle analgésicos. Al fin y al cabo no parecía algo tan grave como los otros pacientes que habían llegado apuñalados, atropellados, envenenados, baleados, lapidados, vapuleados, etc., etc. Además, era necesario averiguar su identidad (para saber si estaba al día con los pagos de su EPS).

Al cabo de una hora, finalmente Alexander pudo ser atendido (cuando las enfermeras lo vieron sacudirse en su camilla con violencia y llenarse la boca de babaza). Pablo ordenó a la enfermera aplicar una inyección para controlar las convulsiones. Al tacto descubrieron que la fiebre había bajado por completo.

Un minuto después, el paciente se estabilizó. El doctor y sus asistentes vieron a Alexander abrir los párpados y juzgaron el acontecimiento como una buena señal. Luego no les pareció tanto, cuando se percataron de que tenía los ojos completamente blancos, carentes de iris, como si todavía convulsionara.

El infectado se levantó lentamente de la camilla, con la quijada colgando y la boca entreabierta. Y antes de que alguien pudiera reaccionar atacó a la enfermera más cercana, propinándole un mordisco en el cuello, con el que arrancó un buen trozo de carne. Pablo y la otra asistente se abalanzaron sobre el paciente para intentar contenerlo, pero demostraba tener una fuerza superior a la de una persona común.

Honorio Caíta, el ilustre celador, llegó muy diligente a colaborar con el forcejeo: ya estaba acostumbrado a ver maniáticos, drogadictos o energúmenos explotar en la sala de espera del hospital. Sin embargo este paciente se mostraba particularmente loco. Al punto que logró morder a

la segunda enfermera en el brazo y al propio Honorio en el pecho.

Se necesitaron siete personas para lograr someter al infectado y atarlo con fuerza a la camilla. Al final, cuatro de estos individuos habían sido alcanzados por los mordiscos rabiosos que el contagiado repartía sin clemencia. Y mientras los heridos eran atendidos, Pablo se dirigió hacia su despacho, tomó el teléfono y se disponía a marcar la extensión del gerente cuando recordó que nunca llegaba antes de las 9 am.

Lo cual es absolutamente razonable.

\*\*\*

Cinco minutos después, el doctor Hernández regresó al pabellón de emergencias para encontrar que la situación había empeorado: todas las personas heridas por los mordiscos de Alexander habían caído en un estado catatónico y convulsionaban con violencia. La misma babaza espesa brotaba de su boca.

Pablo ordenó que les aplicaran el medicamento antiepiléptico y adicionalmente una dosis de sedantes que fuera capaz de matar a un dinosaurio. La enfermera repartió jeringazos a diestra y siniestra y de nuevo el método pareció surtir algún efecto. Pero la triste realidad se les vino encima, cuando los cuatro infectados se levantaron de sus camillas y atacaron a las personas que tenían más cerca.

Pablo corrió de vuelta hacia la oficina, con un par de contagiados pisándole los talones. Por fortuna (pensó él), dos celadores más habían llegado a la escena tras escuchar los gritos y estruendos. El doctor Hernández ordenó a los guardias disparar contra los pacientes (algo que ellos siempre estaban prestos a hacer, en el eventual caso de que alguien quisiera salir del hospital sin pagar la cuenta).

Los “celachos” empuñaron sus revólveres y dispararon cada uno a un objetivo. Pablo tuvo miedo de ser impactado por alguno de estos vaqueros capitalinos. Los infectados recibieron su respectivo balazo, uno en el pecho y otro en una pierna, por lo que trastabillaron un poco, pero al cabo de un momento reanudaron su carrera.

Pablo pasó de largo a los guardias, al tiempo que se producían más detonaciones. Al dar media vuelta vio horrorizado que los pacientes no se inmutaban al ser impactados. Parecía como si los colombianos se hubieran vuelto inmunes a las balas (posiblemente después tantas décadas de convivencia y romance con el plomo).



Cada uno de los infectados se aferró a su presa, como un león hambriento, mientras el doctor corría por el pasillo.

\*\*\*

Pablo cerró con llave la puerta de la oficina y se dirigió hacia el teléfono para marcar el primer número que se le vino a la mente: 123. Escuchó al otro lado de la línea una voz femenina, fina y dulce, acompañada por una hermosa melodía clásica (de esas que transmiten imágenes de pastizales verdes y nacimientos de agua fresca). Posiblemente elegían las mejores voces para calmar los ánimos de las personas aquejadas de alguna emergencia.

Sin embargo, el principal problema para Pablo en ese momento era que la voz de la mujer era una grabación. Y mientras el robot hablaba sobre una Bogotá “humana”, al exterior de la oficina comenzó a escucharse un sonido vibrante, profundo y repetitivo.

Dicho sonido era el ronroneo de un infectado, a simple vista intrascendente. Poco después se convertiría en parte fundamental de las pesadillas de toda la humanidad y sería lo último que escucharan miles de millones de personas antes de morir. La criatura comenzó a embestir la puerta con los puños y en ocasiones con su cuerpo. Por fortuna, la barrera parecía resistir.

Al teléfono, Pablo estaba escuchando la canción pastoral por quinta vez, mientras se estiraba hacia el perchero para coger su chaqueta. En el tiempo que le tomó recuperar la prenda, los sonidos al otro lado de la puerta se incrementaron, así como la cantidad de golpes y la intensidad de éstos.

Sacó su celular, localizó en la agenda el número de su hermano, Boris, y marcó. Por su oreja izquierda seguía llegando ese mensaje musical de la línea 123, que podía interpretarse como “todo va a salir bien, ante una emergencia lo mejor que se puede hacer es conservar la calma, esas no son penas, tampoco es el Fin del mundo, queremos que cultive su paciencia”, etc.

Por su oreja derecha, Pablo escuchó repicar la llamada cuatro veces (que en realidad le parecieron cincuenta) y finalmente la voz de su hermano recién levantado que decía “Este ‘man’ no deja dormir al prójimo...”.

Acto seguido, el teléfono emitió una sucesión de tres pitos agudos y se apagó, al tiempo que las bisagras de la puerta se rompían y una docena de contagiados ingresaba en la oficina.

El celular se había quedado sin batería.

Y Colombia sin minutos.

## 2

El sonido de un plato rompiéndose y el posterior estruendo sordo de un bulto que se estrella contra el planeta, interrumpieron el masticar meditativo de Boris y la lectura juiciosa del abuelo Leonardo.

Al darse vuelta descubrieron con espanto que la abuela María yacía inconsciente en el suelo de la cocina. ¿Acaso esa sobredosis de noticias abrumadoras, sumada al recuerdo de la muerte trágica de su único hijo, había sido demasiada carga para su envejecido corazón?

—¡Mijo, llame al 123! le ordenó el abuelo Leonardo mientras temblaba de pánico. La abuela todavía respiraba, aunque con debilidad.

—Nooo, viejito —le respondió el nieto, igualmente preocupado—, se nos muere la Mima primero, antes de que nos contesten. Mejor salimos a coger un taxi.

Por fortuna, la abuela María era de ese tipo de abuelas portátiles, que con los años van disminuyendo de estatura y peso de manera proporcional, hasta convertirse en pequeñas mujeres con un inmenso corazón. Además, Boris era un tipo macizo, fuerte y espaldón, forjado en los campos de batalla del metal, en los “pogos” más candentes de cada concierto, donde solo sobrevivían los guerreros temerarios (y aquellos capaces de aguantar cualquier cantidad de codazos, patadas y en ocasiones la caricia de una navaja).

El nieto levantó a su abuela con toda delicadeza, como si de una damisela dormida se tratara. El abuelo se puso su chaqueta de cuero, tan antigua y resistente como el viejo radio.

Abandonaron el edificio chapineruno en el que vivían y bajaron por la 53, ante la mirada indiferente de los transeúntes. Intentaron en vano detener algún taxi estirando el brazo: aunque vinieran vacíos, todos seguían de largo. La imagen de un mechudo cargando una anciana inconsciente parecía disuadirlos.

Finalmente, una cuadra antes de llegar a la Séptima un taxi se dignó a parar.

—¿Para dónde van? —preguntó el conductor.

—A la Marly, ¡pero de urgencia! —le dijo Boris.

Lo cierto es que si su destino final hubiera sido un poco más lejos, o en alguna dirección que el taxista consideraba desfavorable, la abuela María se habría ido al cielo en esa misma calle.

\*\*\*

Como era de esperarse, el pabellón de urgencias de la Clínica Marly estaba lleno. No quedaban ni siquiera sillas vacías en la sala de espera.

Después de un rápido chequeo, la enfermera corroboró que: 1. la viejita tenía su salud pre-pagada al día; y: 2. había sufrido un infarto y estaba a punto de estirar la pata. Era la única razón por la que se atendía a un paciente en tan poco tiempo: cuando ya estaba empezando a ver el túnel. A todos los demás les aguardaba (por lo menos) una hora y media de espera.

Montaron a la abuela en una camilla y se la llevaron hacia las profundidades del hospital. Boris consiguió una silla para su abuelo, que lucía pálido y a la vez alterado, con el ceño completamente fruncido. Era inusual verlo tan descompuesto.

Las únicas ocasiones en las que el nieto lo había visto así, era cuando tenía aquellos ataques de nostalgia y remembranza rabiosa, producto de su experiencia en la guerra de Corea. A sus escasos 23 años, el gobierno de Laureano Gómez (un genocida y belicoso consagrado) había enviado al viejo Leonardo a este país asiático, con la misión de matar a todos los chinos y comunistas que tuviera a su alcance.

Y aunque su participación en el conflicto le había dejado uno que otro tornillo suelto, el abuelo podía darse por bien servido: había regresado a casa con todas sus extremidades, una pensión estatal

miserable y una medalla al valor.

¡Gracias al tío Sam por eso!

\*\*\*

Boris se ubicó en un rincón de la sala, a la espera de un lugar para sentarse. Tras una corta inspección ocular del espacio, sus ojos se clavaron en Sara, y por un instante pudo olvidar que su abuela se estaba muriendo y que su abuelo estaba a punto de sufrir una de sus crisis demenciales.

¿Cuál fue el detonante de esta reacción química en su cerebro? Tal vez la camiseta de Pixies. Tal vez la sutileza de sus rasgos que contrastaban con la contundencia de sus caderas. Tal vez el conjunto de pelo corto y liso muy negro, ojos llorosos, minifalda de jean, “tights” oscuros y un cabestrillo en brazo izquierdo, que la hacían ver recia y vulnerable a la vez.

La “pelada” estaba sentada al otro lado de la sala, esperando a que fuera su turno para ser atendida. Minutos antes, un bus de servicio público había rozado la llanta de su bicicleta, haciéndola caer aparatosamente sobre el andén. Como era de esperarse, el conductor atacante, al ver que las heridas de la ciclista no eran de gravedad, había continuado con su recorrido como si hubiera atropellado cualquier perro o gato.

Sara era de esos ciudadanos idealistas que pretendían transportarse en bicicleta por Bogotá... un ejercicio tan peligroso como jugar fútbol sobre un campo minado.

Ese día, más que nunca, la caleña de 25 años estaba sintiendo las implicaciones de su condición de inmigrante en la capital. Su familia estaba a cientos de kilómetros de distancia y su ex novio, un incipiente director de cine, cinco años mayor que ella, estaba demasiado ocupado para venir a acompañarla, filmando videos musicales de reggaetoneros rodeados de “prepagos” en bikini.

En los dos años y medio que llevaba chupando frío y smog en Bogotá, Sara no había forjado

amistad con muchas personas y se rehusaba a tener que apelar a la colonia caleña para suplir su necesidad de compañía. En realidad se sentía más a gusto en ambientes lúgubres, rodeada de guitarras eléctricas y doble bombos, que en las fiestas salseras y joviales hacia donde su origen quería arrastrarla.

Así que luego de su más reciente fracaso amoroso, la mujer había tenido que hacer las paces con su soledad y en las últimas semanas había comprado la bicicleta, adoptado un gato y empezado a trabajar como ilustradora *freelance*.

Cómo nos cambia la vida...

\*\*\*

Cuando el televisor de la sala comenzó a emitir ese sonido característico y aterrador que antecede a una “noticia de última hora”, el embrujo que provocaba la presencia de Sara en Boris terminó de manera abrupta.

Todos los presentes (y cualquier otro colombiano) tenían esta tonada clavada en el alma, como un reflejo condicionado que sugería en su mente algún evento terrible, relacionado generalmente con el turbulento orden público del país.

Y esta no era la excepción.

En pantalla aparecía un periodista encorbatado, que trabajaba para uno de los canales privados. Detrás del comunicador se veía la calle de algún barrio humilde de la capital, por donde se movilizaba un tanque del ejército y varios camiones de la policía. Los vehículos se dirigían hacia un edificio de ladrillo de forma monótona y rectangular que Boris nunca había visto.

Según el periodista, se encontraba a escasos cien metros de la Penitenciaría Distrital, donde en esos momentos se llevaba a cabo un motín entre los internos, liderado por miembros de un comando de

las milicias urbanas de la guerrilla de las FARC, capturados apenas una semana antes. Informó también sobre una fuerte explosión que se había escuchado minutos atrás, proveniente del Hospital General Universitario. Las autoridades trataban de determinar si la detonación ocurrida en “La Samaritana” estaba relacionada con los disturbios de la prisión.

La mención del centro médico envió un chispazo por el cuerpo de Boris y de inmediato pensó en la llamada de su hermano. Mientras el periodista se despedía e invitaba a la teleaudiencia a no cambiar de canal, el metalero intentó marcar al celular de Pablo una vez más, encontrando la misma respuesta de hace un rato: “Lo sentimos. El número marcado no se encuentra disponible”.

\*\*\*

Luego del avance informativo, el canal siguió transmitiendo la telenovela mexicana de turno, que sirvió muy poco para calmar los ánimos del rockero.

Afortunadamente, el audífono del abuelo parecía estar molestando ese día, ya que se vio obligado a preguntarle a su nieto sobre la noticia que acababa de pasar. Boris le habló sobre el motín, pero omitió conscientemente la parte de la explosión en el hospital donde trabajaba su hermano.

—Estos bandoleros rojos, como siempre causando problemas —fue lo único que aprestó a decir el abuelo, casi gritando debido a su sordera. Varias personas de la sala volvieron la cabeza, algunas demasiado jóvenes para entender el verdadero significado del comentario.

En ese momento, una enfermera llamó a los familiares de la señora “María del Socorro Gómez”. Boris salió a su encuentro. La mujer le dijo que habían logrado estabilizar los signos vitales de su abuela y la habían puesto en observación. Estaría en urgencias un rato más hasta que fuera posible trasladarla a cuidados intensivos y tan pronto recuperara la conciencia podrían visitarla.

Boris dio las gracias a la enfermera y transmitió las noticias a su abuelo. Pero contrario a lo que esperaba, el viejo Leonardo se alteró más.

—¡Quiero verla! ¡Necesito verla! —comenzó a gritar.

Mientras el nieto intentaba tranquilizarlo, se escuchó afuera la sirena de una ambulancia. A través de las paredes de vidrio se observó el arribo del vehículo médico, hasta que se detuvo junto a una puerta automática.

El primero en bajar de la ambulancia fue un hombre vestido de paño, cara de pocos amigos, decorada con un profuso bigote negro y un corte de pelo casi militar: la indumentaria típica del guardaespaldas. El tipo ingresó en la sala de espera e inspeccionó el recinto con detenimiento. Tenía el brazo derecho manchado de sangre, aunque parecía no importarle.

A continuación, un equipo de paramédicos brotó de la ambulancia empujando una camilla donde yacía otro hombre, calvo y gordo, conectado a una pipeta de oxígeno por la nariz y a una bolsa de sangre por el brazo izquierdo.

El último en salir del vehículo fue un segundo guardaespaldas, notablemente más joven, que luchaba por interponerse entre la camilla y un fotógrafo vestido con chaleco negro que había surgido de la nada. El periodista buscaba el ángulo ideal para registrar el ingreso del personaje afectado. El gorilón de paño y bigote regresó al exterior e intentó arrebatarle la cámara. Los dos hombres forcejearon por un momento y sin mediar palabra el guardaespaldas lanzó un fuerte derechazo que impactó la cara del periodista. Miembros de la seguridad del hospital intervinieron para separar los dos hombres.

—¡Voy a demandar a este hijueputa por lesiones personales! —gritó el fotógrafo con un marcado acento costeño, mientras sangraba por un corte en su ceja izquierda.

—Cuando quieras, gonorrea —le respondió el guardaespaldas, con un marcado acento de Medellín.

Los celadores le pidieron al periodista (por las buenas) que se retirara del lugar. Pero el hombre se dirigió sin emitir palabra hacia las ventanillas de admisión, sacó un documento de su billetera y se registró como paciente.

\*\*\*



El hombre del chaleco negro se llamaba Jesús Antonio Fonseca, nacido y criado en Barranquilla, aunque radicado en “la nevera” (sobrenombre con el que se conocía a la capital de la extinta República de Colombia).

Trabajaba como reportero/sabueso de noticias amarillistas para el prestante medio de comunicación que mencionamos más arriba: *El Universo*.

De hecho, este periodista había sido el encargado de cubrir el doble asesinato en el barrio Buenos Aires, la noche anterior.

\*\*\*

Durante ese mes, a Jesús le había sido asignada la zona “Centro-Santa Fe-Chapinero”, territorio en el que debía encontrar y registrar todos los acontecimientos escabrosos relacionados con el desorden público.

Asesinatos, secuestros, accidentes de tránsito, fleteos, paseos millonarios, asaltos a entidades bancarias o ajustes de cuentas, estaban a la orden del día. En ocasiones le resultaba imposible cubrirlos todos y debía seleccionar los más espectaculares, esto con el fin de garantizar la venta de una buena cantidad de ejemplares del periódico.

Sin embargo, su labor habría sido imposible sin el apoyo de un par de amigos, miembros de la Policía Nacional, que le enviaban mensajes de texto con cierta periodicidad, los cuales le permitían llegar al lugar de los hechos mientras la sangre todavía estaba fresca.

Jesús recompensaba a los “tombos” con algún billete de cuatro ceros o en su defecto con un cerveza fría en mitad de la noche.

Esa mañana había recibido un mensaje que decía “tiroteo en motel las palmas, 64 con Caracas. Un muñeco, dos heridos”.

A pesar de estar cerca del lugar, cuando Jesús llegó, la ambulancia le había ganado la carrera, cosa que rara vez ocurría. Dentro de los implicados debía haber alguien importante, lo que elevó el precio del botín.

Tomó un par de fotos apresuradas al muerto, un sicario de medio pelo vestido con una camiseta de fútbol, y luego corrió hacia el exterior del motel donde el personaje objeto del ataque era subido a la ambulancia. Volvió a montar en su moto y emprendió la persecución sigilosa al vehículo médico, que lo condujo hasta la clínica Marly.

\*\*\*

Después de haber pagado su correspondiente vale de consulta y sermoneado a todo el personal del hospital sobre sus derechos constitucionales y de paciente, el fotógrafo se sentó en una silla, justo al lado de Boris y del viejo Leonardo.

Había sido necesario suministrarle un calmante al anciano, por lo que ahora lucía menos alterado y como todo abuelo curioso, lo primero que hizo fue entablar una conversación con el periodista.

—¿Se encuentra bien, joven? —interrogó Leonardo al recién llegado.

—No es nada, apenas un rasguño —respondió el hombre, presionando la herida con un pañuelo—. Afortunadamente la sangre es bien escandalosa.

Desde esa distancia, Boris pudo leer lo que decía el chaleco del fotógrafo en la solapa: *Periódico El Universo*.

—¿Quién era el tipo que entró en camilla? —preguntó el metalero al periodista.

—Pues el hombre se autodefine como un “esmeraldero”, pero vaya uno a saber... Se llama José Arturo Bonilla. Le acaban de meter cuatro pepazos en un motel por acá cerca. Parece que una de sus

mozas lo vendió.

Mientras conversaban, nuevos periodistas llegaban al hospital, pero los guardias de seguridad, azuzados por el gorilón, les impedían la entrada. El guardaespaldas se había quitado el blazer manchado de sangre y ahora vestía únicamente una camisa de color azul claro con las mangas dobladas. Un disparo del sicario le había rozado el brazo derecho provocándole una cortada. Sin embargo, se había rehusado a ser atendido hasta que “el patrón” no estuviera bien.

—Esperemos a ver cómo evoluciona el “dotor” Bonilla —dijo el periodista con una sonrisa—. Si estira la pata, ya tengo el contacto en medicina legal para tomarle unas fotos bien bonitas. ¿Alguien quiere un tinto?

—No gracias, al abuelo le sienta mal.

El fotógrafo se levantó de la silla y se dirigió hasta la máquina automática de café. Boris lo siguió.

—¿Usted por casualidad sabe qué está pasando en La Samaritana? —le preguntó Boris en voz baja, incapaz de dejar de pensar en su hermano.

—Pues, compadre, no tengo la menor idea. Pero anoche por allá cerca mataron a una parejita a punta de martillo y la “pelada” estaba embarazada. Todavía tengo las fotos, ¿las quiere ver?

—No gracias —dijo Boris y regresó al asiento.

En ese momento, un hombre de unos treinta y pico de años superó el filtro de la entrada y se dirigió directamente hacia Sara. Vestía una elegante chaqueta de cuero color café, unos jeans rotos e impecables y unos tenis coloridos.

\*\*\*

Su nombre era Alejandro Cardona, director de comerciales y videos musicales. Su padre, el senador Leopoldo Cardona, le había pagado la carrera de cine en una prestigiosa universidad gringa, gracias al apoyo generoso de los contribuyentes colombianos, que habían permitido al honorable

parlamentario engrosar sus cuentas bancarias con el “producido” de múltiples comisiones y “chanchucos” de toda índole.

Alejandro tenía la manía de intentar seducir a todas las modelos o actrices que aparecían en sus creaciones audiovisuales... y en ocasiones lo conseguía. Por este motivo había terminado, un par de semanas atrás, su relación afectiva con Sara.

Y aunque ella aún no lo perdonaba, no le había quedado otra opción que pedirle su ayuda tras el accidente. Al menos el tipo tenía una camioneta lo suficientemente grande como para llevar su bicicleta averiada.

Boris observó (con cierto alivio) el saludo distante entre los dos personajes. Jesús continuaba entretenido repasando las fotos de la noche anterior.

—¡A este no lo va a reconocer ni la mamá! —dijo el fotógrafo sin inmutarse ante la crudeza de las imágenes.

Un sonido en el bolsillo del pantalón del periodista le indicó que tenía un nuevo mensaje de texto: “fuertes disturbios en PDB. Al menos 15 muñecos. Muchos heridos”.

—Bueno —le dijo Jesús a Boris, mientras sorbía con calma su café—, este día se pone cada vez mejor.

### 3

A partir de las 11 am, los presentes en la sala de espera fueron testigos del arribo casi ininterrumpido de ambulancias, que traían heridos de todos los estratos, colores, tamaños y sabores. Lo único que compartían estas pobres almas era la gravedad de sus lesiones.

La mayoría de pacientes había perdido alguna de sus extremidades o se estaba desangrando a través de múltiples cortadas en el cuerpo, particularmente en el pecho, el cuello, la cara o los brazos. Parecía que se hubieran metido a una tina llena de pirañas.

Al cabo de unos minutos de ver desfilar todos esos cuerpos bañados en sangre, Boris y los demás comenzaron a descubrir que una cosa era presenciar las calamidades humanas a través del recuadro cómodo, higiénico y conveniente de un televisor, y otra muy diferente tener que enfrentarse a los olores, los gestos de dolor y esa gran variedad de fluidos que pueden salir de un(a) compatriota herido(a).

El ambiente en la sala de espera se volvió tenso y silencioso, tanto, que se parecía más al de una funeraria. Ni siquiera el fotógrafo se sentía capaz de utilizar su cámara, por miedo a provocar a la multitud nerviosa y ser víctima de un linchamiento.

Consciente de que Jesús tenía acceso de primera mano a la información, Boris le preguntó sobre lo que estaba ocurriendo.

—Ya intenté contactar a mis fuentes —le respondió el periodista—, pero ninguno de los dos me contesta. Deben andar bien “encamellados” con los disturbios. Se nota que la cosa está demasiado caliente por allá.

—Lo que me parece más extraño —apuntó Boris— es que no digan nada por televisión.

—No, hermanito, ¡extraño sería si lo dijeran! Al fin y al cabo es uno de los canales “privados”... de la libertad para informar.

Mientras hablaban, en la pantalla se veía el rostro de una actriz mexicana. Su maquillaje se mantenía impecable, a pesar de tener dos poderosos lagrimones como diamantes, bajando por las mejillas. El galán de turno, un tipo tieso, casi de hierro, intentaba consolarla como solo los galanes mejicanos saben: con frases vacías y encorvando las cejas en posiciones extrañas.

\*\*\*

Boris le encontraba cierto ademán de galán a Alejandro y le producía envidia que estuviera sentado junto a la (más reciente) mujer de sus sueños. El tipo llevaba al menos diez minutos hablando por celular y su expresión revelaba una profunda preocupación. Cuando finalmente colgó, empezó a hablar con Sara en un tono de voz muy bajo, que contrastaba con la rapidez en que movía sus manos.

—Bueno compadre —le dijo Jesús a Boris—, un placer conocerlo, pero por lo visto acá no van a haber juegos pirotécnicos. Mejor arranco para la plaza de Bolívar porque allá siempre hay ¡y bien buenos!

—Listo, parcerito —le respondió el metalero mientras estrechaba la mano al fotógrafo—. ¡Y suerte con esos muertos!

Apenas había terminado el apretón de manos, cuando se escuchó un fuerte estrépito en el exterior del hospital, como de varios motores poderosos. A través de las paredes de vidrio del primer nivel pudieron apreciar con toda claridad como cinco camiones del ejército hacían su entrada estrepitosa en la bahía de acceso para las ambulancias.

Luego de frenar en seco, un enjambre de soldados brotó de los vehículos con más prisa que coordinación y corrieron hacia varias direcciones en torno al hospital.

Al menos una docena de militares ingresó en la sala de espera como una tromba, a través de la puerta corrediza. Una señora nerviosa, de esas que nunca pueden faltar, gritó de terror al ver el

grupo de recién llegados, fuertemente armados, como si Colombia estuviera en guerra.

Los guardias del hospital se limitaron a levantar las manos, mientras el grueso de la gente se aglomeraba contra una esquina, muertos de pánico. Jesús se ocultó detrás de Boris y puso su cámara a trabajar.

Nuevos militares ingresaron a la clínica, haciendo entrar a la fuerza a varias personas que se encontraban afuera. Los arrastrados protestaban y se oponían, pero los soldados eran más fuertes. A través de los pasillos se escuchaban los gritos de otros miembros del ejército, impartiendo órdenes a diestra y siniestra.

Uno de los soldados presentes en la sala de espera levantó las manos en un gesto que seguramente consideró “tranquilizador”.

—Señoras y señores —comenzó a hablar el soldado—, soy el cabo primero Ever Pinzón, y a partir de este momento nadie puede abandonar el edificio sin mi autorización.

Como era de esperarse, la sala se llenó inmediatamente de murmullos nerviosos y rostros contraídos en muecas de incredulidad. Boris recordó aquel programa de televisión que tanto le gustaba a la abuela María, en el que se ocultaba una cámara en algún lugar público y se generaban situaciones extrañas para medir las reacciones de la gente.

—Tranquilo, viejito —le dijo a su abuelo— esto debe ser para el programa que le gusta a la abuela.

El viejo Leonardo, que seguía disfrutando su traba de tranquilizantes, se aprestó a sonreír mientras decía en voz alta:

—¡Ah claro, esto es una broma!

Algunas personas se contagiaron de la sonrisa, otras seguían pálidas y otras discutían con los soldados.

—¡No señor! —respondió el cabo primero—. ¡Eso si que quede claro! Esto NO es una broma. Y vamos a tener que pedirles su especial colaboración, para que podamos irnos todos muy pronto a nuestras casas.

—¿Pero cuándo nos van a dejar ir? —preguntó Alejandro, visiblemente afectado.

—Les pedimos un poco de paciencia. Confiamos en que la situación se resuelva en las próximas horas.

—¿Cómo así que horas?! —exclamó el ex novio de Sara—. ¿Y por qué no nos dicen lo que está pasando allá afuera?

El cabo guardó silencio ante la avalancha de preguntas que se desató. Y antes de que el militar pensara siquiera en responder se escucharon varios disparos al interior del hospital. El sonido de las detonaciones retumbó por la sala, aturdiendo a más de uno. Luego escucharon lo que parecía una sucesión de gritos. Todos los presentes quedaron completamente en alerta y los soldados empuñaron sus armas.

A continuación se oyeron otros dos disparos, esta vez más cerca. Las puertas de acceso al pabellón de urgencias se abrieron de par en par y apareció el guardaespaldas joven con el arma desenfundada, el vestido destrozado y las manos manchadas de sangre.

—¡Se volvieron locos estos ‘pirobos’! —gritó el muchacho al salir, pero su movimiento quedó congelado y sus manos en el aire, al encontrarse de frente con una docena de fusiles apuntándole.

—¡Quieto! —le gritó el cabo Pinzón.— ¡Suelte el arma!

El guardaespaldas empezó a bajar lentamente sus manos, al tiempo que la puerta doble se abrió nuevamente de un golpe. En esta ocasión el que salía era un hombre semidesnudo, vestido únicamente con sus pantaloncillos y dejando un rastro de sangre. Tenía los ojos completamente blancos y le faltaba su brazo izquierdo. Su cuerpo estaba plagado de unas manchas verdosas e irregulares y con cada paso su piel emanaba una especie de polvo blancuzco.

El contagiado atacó de inmediato al guardaespaldas joven, aferrándose al primer pedazo de piel



descubierta que encontró y le arrancó parte con un mordisco. Los soldados procedieron diligentemente a fusilarlos a la manera del ejército: sin pensarlo. Sin hacer preguntas incómodas ni averiguaciones innecesarias.

El problema, como mencionamos más arriba, era que el plomo había perdido su tradicional eficacia a la hora de fusilar gente.

Así que casi de inmediato (luego de recibir una descarga que dejó sordos y tirados en el suelo a todos los presentes) el paciente infectado volvió a estar de pie y atacó al soldado más cercano, lanzándolo al suelo. Los demás militares golpeaban al hombre en la espalda con la culata de sus fusiles, pero parecía no inmutarse.

Segundos después, siete contagiados más brotaron del pabellón de Urgencias.

Y ahí fue la de Troya...

\*\*\*

Antes del Fin del mundo, Boris se consideraba un simple metalero raso.

Portaba orgulloso su larga melena de alambre negro, trabajaba en un almacén de instrumentos musicales de la avenida Séptima con calle cincuenta y pico y soñaba con alcanzar la fama (al menos en su localidad) con su banda de *Thrash Metal* llamada “Yog-Sothoth”.

De esta forma planeaba conquistar a la metalera de sus sueños, forrada de tatuajes y “bien puesta de pechuga”, y así engendrar con ella un par de metaleritos felices.

También se enorgullecía de vivir una vida sencilla y contemplativa.

Luego del trabajo se encerraba en el cuarto a ensayar o a escuchar sus “Sinfonías del Tártaro”, mote despectivo que utilizaba el abuelo Leonardo para referirse a la música de Boris. Cada vez que empezaba alguna sesión musical en la habitación del nieto, al percibir el estruendo del equipo de sonido o del amplificador del bajo, el abuelo exclamaba “¡Ya estamos de vuelta en el *Old Baldy!*”<sup>2</sup>.

\*\*\*

Cuando los soldados comenzaron a disparar sus armas contra los infectados, que brotaron como locos desde el pabellón de Urgencias, seguramente el abuelo Leonardo se sintió transportado de regreso al *Old Baldy*.

Boris notó como se transformaba súbitamente la cara del anciano, pasando de una expresión relajada a una mezcla de furia, miedo y sorpresa.

—¡Los chinos, los chinos! —comenzó a gritar el veterano de guerra, al tiempo que su rostro se ponía rojo como un tomate y a su alrededor se desataba un caos de gritos y metralla.

Boris observó con horror como algunos soldados procedían a sellar desde afuera la entrada al pabellón de Urgencias, utilizando unas pesadas barreras de metal que debían cargar entre varios.

El metalero pensó en levantar el arma de un soldado al que, segundos antes, dos infectados le habían arrancado la cabeza y yacía muerto a escasos metros. El problema era que ni él ni cualquier otro civil de la sala sabían manejar correctamente un fusil.

Contrario a lo que ocurre con los “patrones” del norte, los gringos, que junto al extintor de la casa guardaban un rifle de asalto y junto al botiquín, una pistola 9 mm, en Colombia las armas de fuego eran una herramienta de trabajo exclusiva de la fuerza pública y privada, las guerrillas, los paramilitares, los narcos, los sicarios, los atracadores, etc.

---

<sup>2</sup> Sobrenombre con el que las fuerzas armadas estadounidenses bautizaron un pequeño y desolado cerro, que el batallón Colombia defendió a sangre y fuego durante casi un mes en la Guerra de Corea (Nota del autor).

En síntesis, un activo fijo de hampones.

\*\*\*

Lo único que Boris pudo hacer fue empezar a correr en dirección contraria al tiroteo, y en el camino intentar calmar a su abuelo, cuya mente parecía haberse sincronizado con el caos circundante y no le permitía pensar con claridad.

Un grupo de soldados procedió a conformar, muy rápidamente y a los empujones, un rebaño con todos los presentes en la sala de espera, aquellos que habían reaccionado a tiempo y no tenían un contagiado pegado del cuello o mordiéndoles alguna extremidad.

En medio de la “plomacera”, no podían faltar las balas que brotaban perdidas desde los fusiles de los militares para luego encontrarse atravesando la humanidad de algún civil mal ubicado.

El abuelo empezaba a tornarse violento de nuevo, al sentir la presión de los uniformados y el abrazo firme de su nieto. Boris lo conducía a la fuerza junto con el grueso del grupo, a quienes la confusión y el pánico les habían arrebatado cualquier indicio de autonomía.

El metalero y los demás corrieron a los trompicones por un pasillo estrecho y largo, que al parecer conectaba aquella área remodelada del hospital con el viejo edificio de consultorios médicos. A lo lejos retumbaban sin tregua los disparos y los gritos de terror.

—¡Adelante y sin detenerse! —escucharon decir al cabo primero Ever Pinzón.

Al final del pasillo había una puerta de vidrio abierta, detrás de la cual los esperaba otra docena de soldados, acompañados por un civil vestido de paño y corbata.

El hombre se veía bastante perturbado por la situación y se frotaba las manos con un tic nervioso, movimiento que interrumpía esporádicamente para estirar el brazo hacia unas escaleras cercanas

mientras repetía una y otra vez:

—Al segundo piso por favor...

Algunas personas intentaban reclamar a los militares por sus familiares internos en el pabellón de Urgencias, pero el ruido de los disparos era más fuerte. Lentamente, un nudo de personas comenzó a formarse en torno a los soldados y al hombre de corbata. Los ánimos comenzaban a caldearse, en concordancia con la intensidad del tiroteo.

—¡Sin detenerse! —escucharon gritar de nuevo al líder de los militares—. ¡Evítenos el uso de la fuerza!

Alejandro, el hijo del senador, era de los que discutían con mayor vehemencia.

—¿Y por qué no nos dejan irnos para nuestras casas?! —exclamaba el ex novio de Sara—. ¡Esto es abuso de autoridad!

—Caballero, le estamos pidiendo de buena forma que colabore...

—Colaboren ustedes abriendo paso —dijo Alejandro, al tiempo que sujetaba a Sara de su mano derecha y la conducía de regreso al hospital.

Sin embargo, no alcanzó a dar más de dos pasos cuando tres soldados se abalanzaron contra la pareja.

—¡Suélteme hijueputa! —gritó el director de videos cuando un soldado le aplicó una llave para inmovilizarlo. Sara empezó a grabar la escena con su celular, pero a los pocos segundos otro militar se lo arrebató y procedió a estrellarlo contra el piso con todas sus fuerzas. Varios testigos quedaron con la boca abierta, tal vez porque se trataba de un celular costoso.

—¡Usted no sabe quién soy yo! —volvió a gritar Alejandro, conjurando esa mágica frase que tanto se utilizaba en la extinta Colombia.

—A mi me importa un culo quién es usted —le respondió el cabo primero mientras se aproximaba a la multitud— o cualquiera de los que están aquí presentes. Yo tengo órdenes directas del presidente de no dejar salir a nadie de este hospital hasta que la situación haya sido controlada.

—Bueno ¿y cuál es la situación entonces? —interpeló Jesús después de guardar su cámara con

mucha discreción.

—No estoy autorizado para dar ninguna información —dijo el cabo.

—¡Yo si sé lo que pasa! —intervino Alejandro—. Están matando a la gente en las calles y ...

Y eso fue todo lo que alcanzó a decir, porque un fuerte culatazo en la nuca lo dejó inconsciente. Varios de los presentes protestaron indignados, empezando por Sara, y de nuevo se produjo una avalancha de hijueputazos.

## 4

En efecto, Alejandro era el más enterado en ese hospital (después del cabo Pinzón, por supuesto) sobre lo que estaba sucediendo en la ciudad. Ni siquiera los soldados rasos del pelotón sabían a ciencia cierta lo que ocurría. Únicamente obedecían las órdenes impartidas por el comando central de la Brigada: impedir a cualquier civil no autorizado la salida o entrada al centro médico. De ser necesario, estaba permitido el uso de la fuerza.

Sin embargo, la información que tenía Alejandro también resultaba insuficiente para dimensionar la verdadera magnitud del desastre.

Su padre, el senador Cardona, con quien acababa de hablar por celular justo antes de que los soldados llegaran, le había dicho que las protestas en la plaza de Bolívar se habían salido de control y que los “revoltosos” habían atacado varios edificios gubernamentales de la zona, incluyendo el Capitolio Nacional (que para el abuelo Leonardo era “el mayor nido de ratas de la geografía nacional”).

Ante la incapacidad del ESMAD (Escuadrón Móvil Antidisturbios) para contener este brote de violencia entre los manifestantes, el ejército había tenido que intervenir.

Mientras el “Dotor” Cardona hablaba con su hijo, él y los demás parlamentarios estaban siendo evacuados por medio de helicópteros, ya que por vía terrestre resultaba imposible. Según el jefe de seguridad del Congreso, en ese momento se reportaban disturbios y asonadas por todo el centro de la ciudad.

Antes de que el ruido de los motores de los helicópteros interrumpiera por completo la comunicación, el senador le había dicho a Alejandro que tomara su camioneta y saliera de la ciudad por la autopista norte, sin detenerse por nada ni nadie, hasta llegar al aeropuerto de Guaymaral. Allí se reuniría con él y con el resto de su familia.

Aunque todo parecía indicar que Alejandro no lograría estar a tiempo para cumplir la cita...

\*\*\*

Con la noqueada fulminante del “señorito” Cardona, el cabo Pinzón sentó el precedente que necesitaba para amansar a la multitud embravecida, justo en el momento en que los disparos de los soldados se escuchaban mucho más cerca que antes. Luego de aquel tenue brote de solidaridad, el grueso del grupo comenzó el ascenso. Boris observó a Sara permanecer junto a su ex novio inconsciente y sintió por un instante el temor de no volver a verla. Ella devolvió la mirada y el metalero creyó leer en sus ojos un llamado de auxilio.

—Colaboren y no les va a pasar nada —repetía constantemente el militar a los civiles que, como ovejas aterrorizadas, subían en desorden por las escaleras. Algunos de los niños lloraban. El abuelo Leonardo ascendía con lentitud, por lo que él y su nieto quedaron muy pronto de últimos en la fila.

—¡Los rojos, todo esto es culpa de esos rojos hijos de perra! —refunfuñaba el viejo mientras revivía algún trauma de su pasado.

Al percatarse de la situación, Jesús regresó escaleras abajo para echarle una mano a Boris. Cuando alcanzaron finalmente el segundo piso observaron a los soldados dividiendo el rebaño en pequeñas fracciones de 4 o 5 personas. Cada grupo era conducido hacia el interior de alguno de los consultorios que se alternaban a cada lado del corredor.

Por ser los rezagados, Boris, su abuelo y el periodista fueron llevados hasta el final del pasillo. El recinto se encontraba vacío: probablemente sus ocupantes habían salido a almorzar. El espacio estaba dividido en dos, con una pequeña recepción en la parte frontal y el despacho del médico en el fondo, con su escritorio y su camilla de dotación.

Encontraron junto a la entrada otro escritorio de madera sobre el que reposaba el monitor de un computador y frente a dicho mueble una sala de espera diminuta con varias sillas plásticas de color

verde.

Boris ubicó a su abuelo en uno de los asientos, ya que parecía estar a punto de imitar a la abuela en el tema del ataque cardiaco.

—Bueno, ¿y ahora qué? —preguntó Jesús a Boris.

Antes de que el fotógrafo pudiera responder, la puerta del consultorio se abrió y, para sorpresa y deleite de Boris, Sara ingresó en el recinto, seguida de cerca por dos soldados que cargaban el cuerpo de Alejandro. Los militares depositaron al hombre inconsciente sobre la camilla. Sara se aproximó a su ex novio y examinó su respiración.

—Antes no lo mataron —dijo la mujer.

—Se nota que son actores —les dijo el abuelo a los militares mientras levantaba un dedo acusador—, un soldado de verdad es una persona honorable.

—Si nos van a encerrar aquí, al menos tráiganos algo de comida —reclamó Boris.

Como si hubieran leído sus pensamientos, apareció un tercer soldado cargando una bolsa plástica llena de botellas de agua y dejó tres sobre el escritorio de la entrada. A lo lejos se escuchaban detonaciones a intervalos irregulares.

—Les toca repartirse esto mientras tanto —les dijo el soldado—, ahora les traemos más. No vayan a salir de esta oficina hasta que les avisemos. Es por su seguridad. Afuera todavía está muy caliente la cosa, no se arriesguen a que les peguen un tiro.

Y dicho esto, los tres militares salieron del recinto, cerrando la puerta tras de sí.

\*\*\*

Aprovechando la ausencia de los soldados, Sara solicitó a sus compañeros de encierro un celular para realizar una llamada urgente. Boris, muy diligentemente, le prestó el suyo.

—Ni modo —dijo la mujer luego de intentar llamar a sus padres en Cali—, estos operadores son



unos incompetentes.

Boris probó a llamar a Diego, uno de sus mejores amigos, que trabajaba cerca de la Plaza de Bolívar, pero al marcar escuchó de inmediato el mismo tono intermitente y leyó un mensaje en la pantalla que decía: red ocupada.

—Como si fuera año nuevo —dijo Jesús, luego de tratar, en vano, de hacer una llamada con el suyo.

Boris levantó el teléfono fijo de la oficina y escuchó el sonido característico de una línea cortada.

Mientras revisaba el aparato, el abuelo Leonardo se levantó de la silla donde lo había dejado el nieto.

—¿Para dónde vas? —le preguntó Boris.

El anciano pareció no escuchar y se dirigió hacia la puerta con paso decidido.

—¡Hey! ¡Abuelo! ¿Que para dónde vas?

—Tengo que ver si la Mima está bien —respondió sin darse vuelta y abandonó el consultorio.

El rockero salió en su persecución. Sin embargo, apenas había cruzado el umbral de la puerta cuando se topó de frente con la cara malhumorada e intimidante de un soldado. El militar traía de vuelta a Leonardo, sujetándolo con firmeza de un brazo, como si fuera un niño malcriado.

—Se les ordenó permanecer dentro de la oficina —dijo el soldado.

—Todo bien, no vuelve a pasar —respondió Boris.

El abuelo regresó al consultorio, seguido por su nieto, y volvió a sentarse de mala gana, mascullando en voz baja y sujetando su cabeza con ambas manos.

Jesús había sacado su reproductor de música y lo utilizaba para escuchar radio.

—Le están pidiendo a la ciudadanía evitar salir a la calle —dijo el periodista—. Parece que la cosa

se les está saliendo de control.

Boris revisó los computadores de la oficina. Sin embargo, tanto el de la secretaria como el del médico se encontraban bloqueados para el acceso y solicitaban una contraseña.

Luego de pensar por un instante, Sara recordó que Alejandro tenía un celular con plan de Internet (para ejercer su egocentrismo y cultivar su narcisismo a través de Twitter). Pero al revisar sus bolsillos descubrió que no estaba.

—Seguro esos “milicos” se lo robaron —rezongó la mujer—, al menos tuvieron la decencia de dejarle la billetera.

—Probemos ‘123456’ —sugirió Boris, que conocía bien aquella contraseña maestra, muy popular entre los ingenieros de sistemas perezosos.

Cada uno regresó al computador e introdujo la clave.

—¡Buena compadre! —exclamó Jesús, luego de lograr acceder al aparato del médico.

\*\*\*

Boris y el periodista revisaron los portales informativos más importantes del país, pero para su sorpresa, tanto *El Tiempo* como *El Espectador* estaban desactualizados: la última noticia había sido publicada casi una hora y media antes. El principal titular en ambos diarios hablaba de unos “fuertes disturbios” que azotaban el centro de la capital.

Según la noticia, el presidente de la República había sido evacuado del Palacio de Nariño, junto con la primera dama, sus hijos y la mayoría de sus ministros. El destino final de toda esta comitiva era la única ciudad colombiana con experiencia previa en el tema de resistir asedios: Cartagena.

A lo largo de su historia, los habitantes de la ciudad amurallada habían tenido que soportar toda clase de asaltos, perpetuados en la época colonial por piratas ingleses y en la época moderna por

pobres descamisados, fanáticos de la champeta.

Y aunque la noticia no venía acompañada de ninguna foto, Boris pudo visualizar perfectamente al primer mandatario de los colombianos, bajando de su avión presidencial, con un mojito en la mano, vestido de guayabera color crema, gafas de sol y su gabinete de ministros gritando en el fondo: “¡Llegamos a Cartagena, llegamos a Cartagena!”.

\*\*\*

Procedieron a revisar otros periódicos nacionales, más específicamente aquellos oriundos de las principales ciudades del país: Medellín, Cali, Barranquilla y Bucaramanga.

En todos se mencionaban misteriosos brotes de violencia que amenazaban con salirse de control. En algunos medios se responsabilizaba al Estado, en otros a la guerrilla, en otros a bandas criminales de narcos e incluso se hablaba de paramilitarismo.

Otro periódico regional mencionaba que, durante el vuelo hacia la Costa, el presidente había decretado el Estado de Conmoción Interior (un recurso que utilizaban los mandatarios colombianos cada vez que se encontraban frente a un problema de orden público que no sabían cómo solucionar).

—Conmoción Interior y Ley Marcial... ahora si nos llevó el que nos trajo —dijo Jesús.

Boris propuso revisar los portales de algunos medios internacionales. Muy pronto descubrieron que al resto del planeta parecía no importarle, en absoluto, que el mundo se estuviera acabando, ni que la debacle hubiera comenzado en la República de Colombia. Al fin y al cabo, ¿cuándo había sido relevante lo que ocurría en este insignificante país suramericano?

Lo único que las naciones del primer mundo conocían de Colombia era su capacidad para cultivar café, bailar salsa, conformar carteles para traficar estupefacientes y producir mujeres de una belleza latina extrema.

Si los acontecimientos que estaban ocurriendo a esa hora en Bogotá y demás ciudades colombianas hubieran tenido como escenario a Nueva York o a París, a esas alturas ya lo sabría el planeta entero (y los productores de Hollywood estarían preparando una película al respecto).

En ese momento, las planas de medios todopoderosos como CNN estaban felizmente ocupadas con el transcurso de varias guerras civiles en Oriente Medio y con las aventuras en pañales del bebé heredero de la corona de Inglaterra.

No había espacio ni tiempo para pensar en las vicisitudes de pueblos aburridos y sin tanto fútbol... como el nuestro.

\*\*\*

—¡Está reviviendo! —escucharon decir al abuelo Leonardo— ¡El muerto está reviviendo!

Se trataba de Alejandro, que había recuperado la consciencia y terminaba de incorporarse.

—Tenemos que avisarle a alguien que estamos aquí encerrados —dijo el ex novio de Sara, mientras se acercaba al grupo sobándose la nuca.

—¿Cómo te sentís? —le preguntó la mujer.

—Como si tuviera guayabo. Antes no me mataron esos hijueputas...

Alejandro conocía de primera mano lo que podía acontecer en una situación como esas. Su propio abuelo, Alberto Cardona, ex magistrado del Concejo de Estado, había sido asesinado durante la retoma a los guerrilleros del Palacio de Justicia, por una bala militar que nunca se supo si estaba perdida o conscientemente dirigida.

—Hombre, Boris, no es el momento para ponerse a revisar el 'Feis' —protestó Jesús al ver que el rockero ingresaba en la popular red social.

—Al contrario... —le respondió Boris cuando en la pantalla aparecieron las fotos que algunos de sus contactos habían publicado.

La mayoría de las imágenes eran difusas, tomadas desde la ventana de algún edificio o desde algún vehículo en movimiento. La primera mostraba a un puñado de personas en una calle, reunidos alrededor de un cuerpo tendido, ejecutando lo que parecía un linchamiento. En otra se veían dos grupos de gente corriendo por una avenida desocupada, aunque parecía como si uno estuviera persiguiendo al otro.

Había fotos de autos destrozados, edificios en llamas, charcos de sangre y toda suerte de detalles aterradores.

—¡Es como un segundo Bogotazo! —exclamó Jesús al contemplar las imágenes—. Yo debería estar allá afuera.

—Por lo que veo, es mejor estar acá encerrados —dijo Sara.

—Bueno —dijo Alejandro—, si ustedes se quieren quedar acá atrapados no es mi problema. Yo me largo...

No había terminado de hablar el hijo del senador, cuando se escuchó un trueno a lo lejos, anunciando que comenzaba oficialmente el aguacero de las tres (lo único que ocurría de forma puntual en aquella ciudad).

—Afuera hay un soldado vigilando —agregó la mujer.

—Me limpio el culo con ese soldado.

—Dejá de ser tan pendejo, ¡lo que estás buscando es que esos manes te maten!

Mientras los ex tórtolos discutían, Boris probó suerte con el *chat*. De todos sus contactos, solamente dos aparecían como “disponibles”. Saludó primero a Lucas, el baterista de su banda, mediante un breve “¿Kiubo, dónde anda?”.

\*\*\*

En ese instante, Lucas se encontraba metido en un bus Transmilenio, compitiendo contra otros

ciento veinte parroquianos por el escaso oxígeno disponible. Tenía la nuca de un fulano a pocos centímetros de su cara y podía sentir el calor que emanaban los cuerpos a su alrededor: al menos cinco personas que lo mantenían fijo en su lugar.

Afuera llovía a cántaros, como si el mundo se estuviera acabando: el cielo estaba tan tupido de nubes que parecían las seis de la tarde. Por esta razón, todas las ventanas del bus se encontraban cerradas y se respiraba un aire enrarecido, denso. Olía a humedad, a perro mojado, a una mezcla de todos los perfumes y aromas de los pasajeros, recalentados luego de un día ajetreado.

El vehículo de transporte público llevaba quieto casi media hora y sus ocupantes comenzaban a perder la paciencia. Muchos intentaban, en vano, llamar a sus familiares o amigos, tal vez con el fin de hacer más soportable la espera. Pero sus marcaciones se estrellaban contra una red colapsada. Otros, como Lucas, habían descubierto que al menos el plan de datos seguía funcionando y por eso chateaban sin pausa, temerosos de que incluso ese medio de comunicación les fuera arrebatado.

Todos habían salido más temprano del trabajo, siguiendo la orden de sus superiores, como medida de precaución ante los “fuertes disturbios” que acontecían en el centro de la ciudad y que empezaban a propagarse hacia todos los puntos cardinales.

Sin embargo, el fin prematuro de la jornada laboral había provocado la salida a la calle de millones de personas y vehículos, de forma simultánea. Si sumábamos a esto un torrencial aguacero, un sistema de transporte público ineficaz y una malla vial completamente obsoleta, teníamos como resultado el mayor trancón urbano de todos los tiempos, el último atasco bogotano, el broche dorado de un largo historial de mala planificación, desorden y falta de civismo.

Lucas, viviendo en carne propia este acontecimiento histórico, sin avanzar ni retroceder, se distraía chateando con Boris y leyendo el sorprendente relato que le llegaba desde la Clínica Marly.

En realidad se encontraba relativamente cerca del lugar donde estaba su amigo: calle 70 con avenida Caracas. “frescura... que nosotros también estamos atrapados aquí” escribió Lucas.

Al sonido de los truenos, que caían con regularidad, se sumaba una descarga periódica de pitos por parte de todos los conductores particulares. Algunos habían usado tanto la bocina que corrían el riesgo de quedarse sin batería. Para completar aquel caos sonoro, varias ambulancias intentaban abrirse paso por entre la densa maraña de carros.

Un bebé comenzó a llorar en la silla azul más cercana. La inmensa mayoría de los presentes sintieron el deseo apremiante de unirse a la criatura, sacar toda su frustración, su cansancio y su impaciencia.

Sin embargo, los pasajeros (incluyendo al amigo de Boris) optaron por guardar un silencio resignado, mientras escuchaban las gotas de lluvia golpear el techo y las ventanas.

Una mujer empezó a utilizar su celular para escuchar música. El problema era que no había traído sus audífonos, o no quería utilizarlos. O tal vez pretendía ambientar un poco la espera y alegrar el rato de sus conciudadanos con una buena dosis de reggaetón.

Nunca lo sabremos, pues antes de que acabara la primera canción empezaron a escucharse gritos al exterior del “transmi” y toda la atención de sus ocupantes fue acaparada.

Lucas se encontraba de pie, cerca de la puerta, y por lo tanto tenía un ángulo favorable para observar lo que sucedía: muchas personas corrían por el andén en dirección norte y algunos gritos de terror se colaban por debajo del ruido de la tormenta.

Varios conductores de vehículos particulares abandonaron su asiento y luego de una rápida mirada hacia atrás emprendieron la huida, imitando a los peatones.

Segundos después aparecieron los primeros infectados, corriendo por entre los carros....

Algunos se detenían a romper los vidrios de los vehículos y luego se lanzaban hacia el interior.

—¡Abra la puerta! —gritó una señora al conductor del bus— ¡déjenos salir!

Algunos apoyaron la iniciativa, mientras otros le ordenaban al chofer lo contrario.

Dos tipos, contagiados por la claustrofobia de la mujer, forzaron las puertas en las que estaban recostados. Los pasajeros comenzaron a salir a trompicones, y si la salida de un Transmilenio era generalmente un espectáculo violento, esta ocasión superó con creces el estándar. Personas caían al bajar, solo para ser utilizadas como colchón por las siguientes.

Pronto, el grueso de la marea de infectados alcanzó el bus donde Lucas se encontraba y el vehículo se llenó de gritos de terror. Dichos alaridos eran emitidos por las víctimas de los recién llegados, que saltaban hacia el interior del vehículo y atacaban con sevicia lo que estuviera cerca, sin discriminar entre hombres, mujeres, niños o ancianos. Los infectados mordían el cuello, los brazos, la cara, el hombro o cualquier parte del cuerpo que su presa dejara expuesta.

El baterista confiaba mucho en su fuerza, edificada durante casi una década de música, “pogos” y peleas callejeras. Así que cuando vio uno de los contagiados dirigirse hacia él, lo recibió con un fuerte rechazazo que habría noqueado a cualquier ser humano corriente.

Pero este individuo no era un *homo sapiens*: era lo que podríamos llamar un *homo cordyceps*, la marioneta de un organismo invasor, que controlaba su cuerpo para conseguir toda la comida y nutrientes que su veloz metabolismo le exigía.

A esas alturas del partido, ya no quedaba absolutamente ningún rastro del hombre que había sido, al menos respecto de la conciencia. Su humanidad había abandonado la envoltura, dejando atrás una mundana bolsa de piel, rellena de sangre, huesos y mierda.

Lucas observó sorprendido como el contagiado volvía a reincorporarse como si nada e intentó correr hacia la parte trasera del bus. Pero la llegada de otros dos se lo impidió.



En un último intento desesperado por salvarse, el rockero saltó hacia el exterior, pero fue recibido por el enjambre de infectados que seguía creciendo a cada segundo.

De nada sirvió su pataleo y esfuerzo por sobrevivir: se fue al cielo en medio del último “pogo” de su vida.

# 5

Nadie conoce a ciencia cierta el origen de la epidemia que convirtió a dos tercios de los seres vivos de este planeta en marionetas del cordyceps y al tercio restante en comida.

Cuando todavía quedaban colombianos vivos para ponerse a pensar y arriesgarse a plantear alguna hipótesis, se hablaba de experimentos secretos del gobierno, lo cual resulta risible, si tenemos en cuenta que en este país no existía presupuesto para investigar nada. A duras penas para comprar el pan de cada día y pagar los “serruchos” de los senadores.

Otros prefirieron culpar a las grandes farmacéuticas o a las corporaciones multinacionales sin escrúpulos. El nombre de Monsanto era mencionado con frecuencia.

Algunos culparon a Venezuela, otros a los Estados Unidos.

Sin embargo, la explicación más popular de todas, y que se encontraba en absoluta consonancia con el espíritu religioso de la nación, fue echarle la culpa a Dios. Para los creyentes (que en la extinta República de Colombia se contaban por millones), solamente un ser todopoderoso como el “Padre celestial” tenía la capacidad de provocar un cataclismo de tal magnitud, de desatar una plaga tan voraz, tan eficiente a la hora de erradicar cualquier vestigio de vida en este mustio planeta.

\*\*\*

Mientras Boris chateaba con Lucas, empezó a escucharse a lo lejos una sucesión de disparos y explosiones, complementados esporádicamente por el estruendo de algún trueno. Las ráfagas se acompañaban unas a otras, casi de manera ininterrumpida, como si hubiera estallado una guerra al exterior del hospital.

Alejandro espiaba al soldado en el corredor, a través de una mínima apertura de la puerta. El radioteléfono del militar comenzó a emitir una serie de sonidos, imposibles de distinguir desde esa distancia, pero que seguramente debían ser órdenes, pues el hombre empuñó su fusil y salió corriendo en dirección de las escaleras.

—¡El soldado se está yendo!

Todos guardaron silencio un instante para procesar las palabras del director. Los sonidos del combate se hacían menos frecuentes con cada instante y solo permanecía el rumor lejano de la lluvia que caía con violencia sobre calles y fachadas.

De repente, sonó un estruendo tan fuerte y tan intempestivo que el corazón de todos estuvo a punto de salirseles por la boca.

Un rayo calibre “Zeus”, de esos que caracterizaban a las tormentas bogotanas, impactó la ciudad con toda su furia a pocas cuadras del hospital, destruyendo un obsoleto transformador de energía que hasta ese día había resistido el uso y el abuso. Finalmente le había llegado la jubilación.

Boris y los demás se encontraron prácticamente a oscuras. La única fuente de luz en el espacio era el computador del médico, que todavía sobrevivía con la carga de seguridad de una UPS, que chillaba con unos pitos agudos, indicando su final inminente.

—’Erdaaaaa... —se escuchó decir a Jesús.

Boris se dirigió hasta el aparato y pudo corroborar que el Fin del mundo acababa de ser ratificado: no había Internet.

\*\*\*

—Tiene que haber una linterna en alguna parte —dijo Jesús mientras buscaba en los cajones ayudado por la tenue luz de su celular. Sara, Boris y Alejandro hicieron lo mismo.

Se encontraban tan ocupados con la búsqueda, que les tomó casi un minuto percatarse de que la puerta del consultorio estaba abierta y dejaba entrar con nitidez el eco de unos pasos que avanzaban por el pasillo.

Cuando Boris finalmente pudo comprender lo que estaba pasando, el viejo Leonardo ya estaba llegando al final del corredor. Apenas había puesto el nieto un pie fuera, en persecución de su abuelo, cuando escuchó el estruendo de un vidrio que se rompía, proveniente del primer piso.

—¡Abuelo! —gritó el nieto hacia la penumbra.

La silueta del anciano se distinguía con dificultad, avanzando a paso firme, como si hubiera recibido una dosis extra de adrenalina. Mientras trotaba por el corredor, Boris escuchó las puertas de varios consultorios abrirse y un murmullo de voces que crecía con cada paso.

De pronto, la luz de una linterna iluminó el camino, mostrando con claridad al viejo Leonardo bajando por las escaleras.

—¡Hey, pelao! —gritó una voz masculina a sus espaldas.— ¡¿Vos estás loco o qué?!

Boris comenzó el descenso casi a ciegas y de inmediato percibió un rumor que subía a su encuentro. Era como si el primer piso hubiera sido invadido por un enjambre de gatos y abejas gigantes, que ronroneaban de manera intermitente.

El abuelo Leonardo estaba de pie en el último escalón. La cercanía le permitió a Boris distinguir la mirada del anciano fija en el horizonte y una sonrisa dibujada en el rostro.

—Ahí está el amor de mi vida —dijo el abuelo.

Boris observó a pocos metros la puerta de vidrio que conectaba aquella área del hospital con las habitaciones: estaba completamente rota. Y de pie junto al umbral estaba su abuela, vestida con una bata azul, bañada a contraluz por los bombillos del pasillo que permanecían encendidos,

seguramente gracias a una planta eléctrica.

El nieto pensó por un momento que el hambre y el agotamiento de ese día lo estaban haciendo alucinar. Pero su abuela era real... tan real como los demás infectados que la seguían en su avance hacia el área de los consultorios.

—¡Vámonos de aquí, abuelo! —gritó Boris.

—¡No! —le respondió tajante su abuelo.— No voy a permitir que me la quiten otra vez.

Y dicho esto se liberó del agarre de su nieto, con una fuerza inusitada que lo hizo caer de espaldas con violencia. Boris sintió el dolor punzante de los escalones contra sus costillas y por un momento perdió el aliento.

Incapaz de articular palabra, el metalero observó aterrorizado como sus abuelos se reencontraban en un último abrazo mortal, para luego ser englobados por la horda de contagiados.

Boris sintió unas manos que lo sujetaban con fuerza por las axilas y de un tirón lo ayudaban a levantarse del suelo. El dolor de la caída había sido sustituido rápidamente por la tristeza en el alma de ver a su abuelo devorado por una docena de infectados.

—¡Arriba viejo Boris! —le gritó Jesús, al tiempo que lo jalonaba de regreso hacia el segundo piso.

Boris alcanzó a percibir, en medio de la oscuridad, un par de contagiados que los perseguían. Por fortuna para él y Jesús, alguien arrojó por encima de sus cabezas un inmenso escritorio que rodó escaleras abajo, aplastándolos.

Cuando alcanzaron el segundo piso, se encontraron con una multitud de personas que arrastraban muebles de los consultorios: una barricada improvisada empezaba a formarse en el descanso de las escaleras.

Una nueva linterna los iluminó desde el descanso del tercer piso y escucharon una voz que los

llamaba:

—¡Por aquí, rápido! ¡Hacia la azotea!

Incapaces de distinguir el dueño de aquella voz, Boris y los demás siguieron subiendo las escaleras con las pocas fuerzas que les quedaban, luego de varias horas de ayuno e incertidumbre. Más abajo alcanzaba a escucharse el ruido de los contagiados estrellándose contra los muebles apilados, la madera crujiendo y su ronroneo constante.

Boris alcanzó a contar cuatro pisos más en medio de la oscuridad. Varias veces estuvo a punto de tropezar con los escalones invisibles, siendo su único punto de referencia el hilillo de luz que emitía la linterna del misterioso guía.

En cada uno de los pisos, el rockero podía percibir nuevas personas que se sumaban al ascenso, corriendo por sus vidas, azuzadas por el murmullo tenebroso de los infectados que les llegaba con toda intensidad.

Durante la subida, empezaron a escuchar los gritos de terror de aquellos que habían quedado rezagados y eran alcanzados por la marea de bocas hambrientas e implacables.

Al llegar al sexto piso, Boris pudo percibir el sonido de la lluvia con toda nitidez y de un momento a otro sintió en la cara el golpe de incontables gotas que le daban la bienvenida a la azotea del hospital.

\*\*\*

Todavía aturdido por la subida frenética, Boris observó el haz de luz de varias linternas. Algunas barrían la azotea con su resplandor, mientras que otras se mantenían fijas en la puerta metálica que él había cruzado segundos atrás. Jesús lo ayudó a sentarse en el suelo, cerca de la multitud expectante y empapada.

Cuando el último de los sobrevivientes atravesó el umbral corriendo, varias personas (incluyendo a Alejandro y a Sara) que estaban apostadas junto a la entrada procedieron a cerrarla, conscientes de que la marea de *homo cordyceps* venía pisándoles los talones.

Dicha tarea no resultó fácil, pues de inmediato varios brazos y manos surgieron de la oscuridad para impedirlo, aferrándose a la puerta con fuerza. Boris habría querido ayudarles, pero el dolor de sus costillas aún seguía latente. Sin perder un instante, Jesús se unió al forcejeo hasta que finalmente lograron el objetivo, cercenando varios dedos de contagiados (e incluso una mano) en el proceso.

\*\*\*

Luego de recuperar el aliento, el periodista y los demás se reunieron en el centro de la azotea, donde Boris y el grueso de los sobrevivientes permanecían, recibiendo la lluvia con resignación. La puerta metálica recibía golpes de manera constante, pero parecía ser capaz de resistir.

—¿Hay alguien herido? —preguntó un hombre en la oscuridad, casi gritando para competir con el ruido de la tormenta circundante. Boris reconoció aquella voz: pertenecía a quién los había instado a subir hasta ahí.

—Una mordida de estos locos podría ser potencialmente infecciosa —continuó hablando la voz.

—¿Y quién es usted? —preguntó una mujer.

—Mi nombre es Julián Gómez, soy médico y tengo mi consultorio dos pisos más abajo.

—¿Dónde están los demás pacientes? ¿Dónde están los militares?

—No he visto ningún soldado desde hace más de una hora, cuando me obligaron a subir hasta acá. Me temo que somos los últimos sanos en este hospital.

—Bueno, ¿y ahora qué? —preguntó Jesús.

—Tenemos que buscar la forma de refugiarnos todos para pasar la noche. O de lo contrario si no nos matan esos psicópatas nos va a matar una pulmonía.

Siguiendo la recomendación del doctor Gómez, todos aquellos equipados con linternas procedieron

a inspeccionar la azotea, en busca de algún elemento que pudiera ser utilizado como cobertura. Al cabo de unos minutos encontraron un montón de materiales de construcción apilados en una esquina, dentro de los que había un par de rollos de lona plástica de color verde.

Aprovechando la estructura cúbica del cuarto de máquinas del ascensor y algunos listones de madera, los sobrevivientes levantaron varios techos bajo los cuales se aglomeró el grupo, con el fin de hacerle frente al frío.

Nadie tenía muchos deseos de hablar. El silencio era lo suficientemente elocuente y representativo de lo que todos sentían: desazón, incertidumbre, miedo, impotencia.

Boris se acomodó lo mejor que pudo contra la edificación, rabiando de hambre y de tristeza. Pensaba cómo aquel día, que había comenzado igual que cualquier otro, se había tornado en el más trágico de su vida.

Reflexionaba también sobre la manera como la muerte se había ensañado con su familia desde que era un bebé y les había hecho tan solo dos visitas, maximizando su efectividad. A partir de ese momento se había convertido en el último miembro y representante de su linaje.

Con todas estas ideas en la cabeza se fue quedando dormido, mientras dos poderosos lagrimones como diamantes bajaban por sus mejillas.

Tan puteado estaba el mundo que hasta los metaleros lloraban...



## 6

Para la gran mayoría de los supervivientes del hospital, aquellos con más de 20 años cumplidos, los acontecimientos con tintes apocalípticos no eran una rareza. Ya fuera por haberlos vivido en carne propia, o presenciado a través de algún medio de comunicación, todos tenían la mente saturada de tragedias y eventos catastróficos.

Al fin y al cabo habían crecido en un país con una sociedad y una topografía tremendamente inestables y accidentadas, que llevaba más de 60 años en guerra, donde cada día debían jugarse la vida en una macabra ruleta con premios tan variados como ser atropellado, secuestrado, violado, drogado, robado, insultado, pisoteado, linchado o estafado. La llegada del Fin del mundo simplemente agregó un ítem más a la lista: ser devorado.

Lo verdaderamente excepcional de esta nueva calamidad era su carácter democrático: por primera vez en la historia de Colombia, no solamente eran los pobres los afectados. Tal vez los ricos, como Alejandro, o los miembros de la clase media, como Boris, lograron aguantar un poco más, gracias a su posición socioeconómica. Pero aquel juego de supervivencia era largo y tendido.

El cordyceps no tenía ningún afán. Su propósito evidente era la destrucción de toda forma biológica en el planeta tierra. Su objetivo final: deshacer todo lo que estaba hecho, regresar el cronómetro a ceros, formatear el disco duro del mundo y dejar que los microorganismos gobernaran de nuevo.

\*\*\*

La lluvia se detuvo cerca del amanecer. Poco a poco, el sonido de las gotas sobre el plástico fue reemplazado por un murmullo lejano y continuo. Cualquiera habría creído que despertaba un domingo por la mañana. No se escuchaban pitos, ni sonidos de carros, ni ambulancias, ni disparos. Únicamente el ronroneo constante que generaban millones de infectados, deambulando por las calles de la ciudad en busca de alimento.

Boris había pasado una noche terrible, igual que todos los demás, por causa del frío, el hambre y los golpes en la puerta metálica, que servían como un recordatorio constante del peligro que los esperaba allá afuera. Una amenaza que no descansaba, no sentía miedo, no tenía ningún compromiso ni causa aparente.

Jesús estaba sentado junto al metalero y manipulaba su reproductor de música (con radio FM).

—Buenos días, viejo Boris —le dijo el periodista.

—No veo qué tienen de buenos —respondió el rockero mientras se ponía de pie—. ¿Alguna noticia?

—Pues logro captar una frecuencia, pero es solamente una grabación del presidente hablando, que se repite una y otra vez.

—¿Y qué dice? —preguntó Boris.

—Pues escúchala tú mismo...

Boris recibió el aparato, se puso los audífonos y caminó hacia uno de los bordes de la azotea, con la intención de recibir un poco del aire matutino.

Vista desde esa altura, la ciudad parecía una gran bestia dormida ante los ojos de aquellos que habían tenido la oportunidad de conocerla en plena actividad. Las calles aledañas al hospital (y es de suponer que todas las demás también) estaban cubiertas por una ligera bruma blanquecina que acompañaba las figuras retorcidas de los contagiados. Dicha niebla parecía moverse con voluntad propia, aunque probablemente fuera tan solo causa de los vientos capitalinos.

El espectáculo guardaba para Boris cierta belleza. Se sentía atrapado en una burbuja ajena al tiempo y si cerraba los ojos podía imaginarse en la mitad de la nada, como si en ese lugar nunca hubiera existido una ciudad con ocho millones de habitantes, dos millones de carros, un millón de perros y gatos y varios millones de palomas y ratas.

A esa hora de la mañana, todas estas especies urbanas habían desaparecido o estaban en vía de extinción.

\*\*\*

El discurso del presidente se escuchaba distorsionado y lejano, como si llegara de otra dimensión:

“Colombianas y colombianos,

Mucho se ha dicho sobre la crisis que afronta nuestra República el día de hoy. No debemos ser víctimas de la desinformación y del miedo. A todos los que pueden escucharme, les aseguro que nuestras gloriosas fuerzas militares y policiales han redoblado sus esfuerzos para controlar el avance de esta misteriosa enfermedad.

Pueden contar con su gobierno en este momento, pues si bien hemos tenido que abandonar la capital por motivos logísticos, continuamos trabajando para superar este duro impase.

No estamos solos en esta lucha. La comunidad internacional ha unido esfuerzos para presentar una solución eficaz y contundente al problema.

He mantenido un diálogo directo y constructivo en las últimas horas con líderes de gran importancia como el presidente de los Estados Unidos y diversos diputados europeos. El interés de todos es contribuir a superar esta crisis, no solamente por el bien de nuestra valiente nación, también por el de la humanidad entera.

Los ojos del mundo están puestos en nosotros, ha llegado el momento de demostrar de lo que somos capaces. Es el momento de dejar a un lado viejos rencores, antiguas diferencias y odios de otras épocas. Es el momento de estar unidos por un objetivo común: la supervivencia.

Muy pronto se llevará a cabo una operación militar para implementar mecanismos de

descontaminación a gran escala en las principales ciudades, comenzando por nuestra capital.

Hago un llamado especial a todos los bogotanos y bogotanas que estén escuchando: deben salir del área metropolitana antes de la medianoche, por cualquier medio posible.

Fuera del perímetro urbano se han establecido varios puntos que llamaremos “PCR”, Puestos de Control y Refugio, con medicinas, alimentos y personal militar capacitado para atender sus necesidades. La ruta más directa y segura hacia los PCR de Bogotá es a través de la autopista Norte, la autopista Medellín, la Calle 13, la autopista Sur y la autopista al Llano.

Recuerden, queridos compatriotas, en este, su gobierno, estamos trabajando día y noche para superar esta dura prueba del destino. En sus manos está distribuir la información a todos los que no puedan recibirla directamente.

Que Dios nos proteja a todos.”

\*\*\*

De repente, el motor de un helicóptero proveniente del Sur interrumpió los pensamientos de Boris y los demás. Súbitamente sintieron la dicha de escuchar un sonido conocido, algo humano, algo diferente al murmurar atemorizante de los infectados. El rumor de la aeronave les recordaba que estaban vivos y no atrapados en el Limbo, como habían empezado a creer.

Por un momento pensaron que había llegado el ejército, o la policía, o al menos un noticiero amarillista en busca de cadáveres. Creyeron que tanto las fuerzas del orden como sus políticos (como el universo entero) eran incapaces de vivir sin ellos.

Sin embargo, las vidas de todos los presentes no valían mucho en realidad: aproximadamente lo mismo que un par de tenis nuevos o un buen celular. Pasando por alto esta realidad, el grupo de sobrevivientes se distribuyó por la terraza del hospital, alimentados únicamente por la ansiedad de

abandonar aquel lugar.

Todos, aproximadamente unas cuarenta personas entre hombres, mujeres, niños y ancianos, levantaban sus brazos y gritaban con la esperanza de ser vistos. Incluso Boris se dejó contagiar por la histeria colectiva y se unió a los gritos y movimientos simiescos.

Conforme se acercaba el aparato, pudieron distinguir que se trataba de un helicóptero privado y sus esperanzas se desvanecieron. Todos lo vieron pasar de largo en dirección al Norte hasta que fue solamente un punto en el horizonte que desaparecía por instantes detrás de algún edificio.

—¡Ay, Dios mío! —gritó una señora mayor visiblemente alterada— ¿Cómo vamos a salir de aquí?

\*\*\*

La mujer, de amplias caderas y piel trigueña, se llamaba Ligia Sánchez. Tenía casi setenta años y era entendible su grado de nerviosismo, pues Doña Ligia contaba con un doctorado en sucesos apocalípticos: conocía de primera mano la capacidad destructiva de la naturaleza (o de Dios, como prefiera).

La mujer era una de las pocas personas que habían sobrevivido a la tragedia de Armero, treinta años atrás. Había tenido que ver morir a su esposo, arrastrado por una montaña de lodo y escombros. En un abrir y cerrar de ojos se había convertido en madre viuda y en una inmigrante más que llegó a Bogotá escapando de la muerte o sus consecuencias.

Durante su estancia en la azotea, Boris se había percatado de que Doña Ligia no se despegaba ni por un segundo de una pequeña niña trigueña de pelo largo y oscuro.

La “chinita”, como diría el abuelo Leonardo, se llamaba Angélica Patricia. Tenía 6 años recién cumplidos y era la única nieta de la señora. Sufría un extraño síndrome llamado Insensibilidad Congénita al Dolor o CIPA, por sus siglas en inglés. Esta condición la llevaba con cierta frecuencia al pabellón de urgencias, cada vez que se lastimaba alguna parte del cuerpo y su abuela se daba

cuenta por los moretones o manchas de sangre en el suelo.

\*\*\*

—Bueno, ¿sí escuchaste lo que dijo el “presi”? —preguntó Jesús a Boris.

—Pues parcerero, ahora sí nos jodimos —le respondió el metalero—, no veo como carajos vamos a salir de aquí con todo este parche.

De pronto, mientras Boris hablaba, se escuchó el timbre de un celular. La sorpresa fue generalizada, a sabiendas de que la red de comunicaciones parecía haber colapsado y llevaban horas sin recibir una llamada.

Sin embargo, no toda la responsabilidad del milagro podía atribuirse a Dios: también a los diseñadores e ingenieros que habían construido la “flecha” de Doña Ligia.

La anciana tuvo que padecer ese ritual largo y tortuoso de buscar el celular dentro de su cartera. El aparato siempre le había parecido una bestia indomable, un nudo de acertijos.

Boris por su parte, nunca se había sentido tan feliz en la vida de escuchar aquel timbre, esa tonada característica que interrumpía almuerzos, ceremonias, polvos, etc., y que todos tenían grabada con hierro en el subconsciente.

—¿Aló? —preguntó la anciana.— ¿Con quién hablo?

\*\*\*

La persona al otro lado de la línea era su hijo, Alfonso, quien trabajaba en el aeropuerto El Dorado administrando una cafetería, llenándoles el estómago a los viajeros con empanadas, envueltos de yuca y demás granadas calóricas de la gastronomía colombiana. Su esposa, Jessica, le ayudaba con el manejo de la caja registradora.

El día anterior, sus patrones no les habían permitido salir más temprano, como a los demás mortales, bajo la amenaza de ser despedidos.

Los dueños de este restaurante conocían a la perfección el *modus operandi* de los colombianos cuando ocurría alguna tragedia o problema interno en el país. Sabían que millones de personas intentarían escapar por aire con destino Miami o Madrid, donde pudieran volver a empezar por su cuenta o gracias a la ayuda de algún familiar emigrante de tiempo atrás.

Por alguna razón, había colombianos viviendo en los lugares más remotos del planeta, países que ni siquiera sus propios habitantes tenían la capacidad para tolerar.

\*\*\*

A las 7 de la noche, cuando Alfonso y Jessica se encontraban a punto de finalizar su turno, arribó al aeropuerto una avalancha de personas que llegaba por oleadas.

La primera tanda estaba compuesta por individuos de múltiples nacionalidades, razas, colores y sabores. Decenas de miles de visitantes, entre turistas, empresarios y ciudadanos de a pie, invadieron El Dorado como un rebaño de ñus en estampida.

Temeroso de sufrir un saqueo, Alfonso bajó rápidamente la cortina metálica que servía para cerrar el local. Hecho esto, marido y mujer se agazaparon en un rincón de la cafetería a escuchar en silencio el estruendo ronco que producían miles de zapatos corriendo por los pasillos, los puentes y las escaleras de El Dorado.

Media hora después, además de escuchar los pasos, las voces distorsionadas y las ruedas de las maletas, la pareja empezó a escuchar gritos de terror: había llegado al aeropuerto la segunda tanda, compuesta por innumerables infectados hambrientos que perseguían y asesinaban a los sanos con gran sevicia.

La masacre se prolongó durante toda la noche y bien entrado el amanecer.

Sin embargo, antes de que las pistas de aterrizaje fueran invadidas por los *homo cordyceps*, casi un centenar de aviones había logrado salvarse, llevando a sus pasajeros hacia destinos en Estados Unidos, Canadá, Europa, Brasil y el resto de Latinoamérica.

Un éxodo similar se había vivido en varios aeropuertos de todo el país.

\*\*\*

Alfonso y Jessica pasaron la noche en vela, escuchando ruidos de todo tipo al exterior del local: gritos, voces de alarma, disparos, incluso explosiones. Mantuvieron encendido un pequeño radio con el fin de escuchar los reportes y noticias insólitas que transmitían algunas emisoras locales. Cada cierto tiempo intentaban comunicarse con Doña Ligia y Angélica, pero la saturación de la red lo impedía.

Cuando llegó el nuevo día, la transmisión había cesado por completo y el aeropuerto parecía estar en silencio, salvo por un lejano rumor que les llegaba esporádicamente. Los esposos sabían que iba a resultar imposible comunicarse con alguien desde aquella prisión de 12 metros cuadrados, cerrada con una cortina metálica bastante resistente. Además sus celulares se habían quedado sin batería durante la noche.

Alfonso propuso abandonar el local en busca de ayuda pero su esposa tenía un mal presentimiento al respecto. Sin embargo terminó accediendo, motivada por el sonido de un celular que timbraba a pocos metros de donde se encontraban. Nadie parecía estar vivo en la cercanía para contestar.

El hombre abrió la cortina del local con mucha cautela mientras su esposa inspeccionaba por debajo. Alfonso vio la cara de su mujer contraerse en una mueca de asco y sorpresa, y antes de terminar de abrir la puerta se agachó para observar el objeto de su repulsión.



El amplio corredor estaba decorado con charcos de sangre, partes humanas, ropa, maletas, cajas de cartón y un sinnúmero de objetos.

Alfonso abandonó la cafetería en dirección al sonido del celular, que parecía provenir de un montículo oscuro a pocos metros. Al cabo de cinco timbrazos, el silencio volvió a apoderarse del pasillo. El hombre comenzó a esculcar lo que parecía un montón de ropa y descubrió horrorizado que se trataba de unas piernas humanas sin torso.

Sin perder un instante utilizó el teléfono recién encontrado para marcar a su madre: milagrosamente, la llamada logró entrar.

Mientras esperaba a que le contestaran, escuchó la voz de Jessica, que parecía susurrarle desde la cafetería. Alfonso hizo a su esposa un ademán con la mano, indicándole que debía tener paciencia mientras conectaba la llamada. Sin embargo, la mujer le hacía señales con el brazo por debajo de la cortina metálica, apuntado más allá de él.

Cuando Alfonso se dio media vuelta, se encontró de frente con un tierno perro labrador retriever, de los que utilizaba la policía antidrogas para detectar cocaína en las maletas.

—Es solo un perrito —susurró Alfonso a su esposa mientras timbraba la llamada una vez más.

El hombre se agachó y empezó a llamar al animal, como si fuera su propia mascota. El perro acudió al velozmente al llamado y se aferró con fuerza a la yugular de Alfonso, que gritaba, ahogándose en su propia sangre.

\*\*\*

—¿Aló, aló? —decía Doña Ligia muy confundida.

Afortunadamente para ella, no podía descifrar el sonido que le llegaba por el celular, de lo contrario habría descubierto que en ese preciso instante su hijo y su nuera estaban siendo devorados por una manada de perros infectados.

—¿Quién es? —le preguntó Alejandro a la anciana.

—No sé, no se entiende nada.

—Présteme el celular, señora —ordenó el hijo del senador.

—No, ¿qué le pasa? —respondió Doña Ligia.— Este lo necesito desocupado por si acaso mi hijo me llama.

—Señora, ¿usted no sabe quién soy yo? —dijo Alejandro (otra vez con el cuentico...).

—Pues obviamente que no, ¡no sea pendejo!

—Yo soy el hijo de un senador de la República y con una llamada nos puedo sacar a todos de aquí.

En ese momento, el gorilón guardaespaldas que seguía la conversación de cerca, dio un paso al frente y exclamó:

—Ahí sí claro, ¡pura mierda! ¡Como si los políticos cumplieran alguna promesa!

Luego el hombre extendió la mano hacia Doña Ligia y le dijo:

—¡Páseme ese celular a mí, que yo sí tengo unos contactos bien ‘tesos’ que nos rescatan de una! ¡Y hasta con sus propios helicópteros!

Estaban todos tan concentrados en presenciar el choque verbal de estos dos personajes, que no se dieron cuenta de la manera como el marco de la puerta comenzaba a ceder.

El golpe constante de un ejército de contagiados había logrado finalmente su cometido: derrumbar la barrera que les impedía entrar en la alacena llena de comida. La puerta cayó con un estruendo y de inmediato un río de *homo cordyceps* invadió la terraza, atacando los sobrevivientes más cercanos.

Nuevamente el caos se apoderó de todos los presentes, que corrían en cualquier dirección, pues para escapar de esa terraza habrían necesitado alas... o un andamio para limpiar fachadas como el que Boris había localizado la noche anterior.

El metalero observó como el gorilón guardaespaldas desenfundaba su pistola.

—¡Dispáreles a la cabeza! —le gritó Boris al hombre armado, que de inmediato acató la orden.

Con esa puntería impecable, desarrollada a lo largo de décadas enteras de matar gente, primero en la guerrilla, luego en los paramilitares y finalmente como escolta de un narcotraficante, el guardaespaldas no podía fallar.

La bala impactó de lleno en la frente de un infectado... sin ningún efecto aparente. Luego de recobrar el equilibrio, el *homo cordyceps* continuó su carrera y se abalanzó sobre quien le había disparado, arrancándole el brazo con facilidad.

El metalero observó con horror como otro contagiado se dirigía directamente hacia Sara y emprendió la carrera. Pero antes de que pudiera jugar al héroe, Alejandro se le adelantó y salió al encuentro del *homo cordyceps*, en este caso una mujer joven con el pelo teñido de “mono platinado”.

El hijo del senador confiaba en su fortaleza física y menospreciaba la de una mujer. Así que quedó demasiado sorprendido (y jodido) cuando la infectada lo arrojó al suelo de un empujón y procedió a morderle el cuello ferozmente.

Boris tomó a Sara de la mano e intentó conducirla lejos de la acción. Ella se resistió un instante, pero finalmente siguió al rockero por la terraza en dirección al andamio. Jesús, Doña Ligia y Angélica también corrieron en la misma dirección.

Al llegar al borde oriental de la terraza, ingresaron al aparato y tanto Boris como Jesús empezaron a

accionar el mecanismo para descender. Sin embargo no lograban hacerlo bajar a la velocidad esperada, razón por la cual un infectado alcanzó a saltar dentro del andamio y atacar a Doña Ligia, propinándole un mordisco en el brazo.

La anciana y el *homo cordyceps* forcejearon un momento, hasta que Sara intervino y de una fuerte patada lanzó al contagiado fuera del andamio, que se precipitó hacia abajo hasta estrellarse contra el suelo del patio interno.

Cayó completamente de cabeza y su cráneo se rompió en mil pedazos.

\*\*\*

Durante el descenso del andamio, Sara inspeccionó la herida de Doña Ligia e intentó detener la hemorragia con un trozo de tela.

—No pierda su tiempo, mijita —le dijo la anciana y sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Tranquila, señora, todo va a estar bien.

—Prométame que va a cuidar de mi niña.

Sara guardó silencio, digiriendo las palabras de la mujer. Observó a Angélica, quien de momento estaba tranquila, viendo a Boris y a Jesús operar el mecanismo del andamio.

—Se lo prometo...

Cinco minutos más les tomó llegar hasta el primer piso del hospital. Al parecer aquel patio interior estaba libre de infectados.

Apenas habían bajado del andamio, cuando escucharon el sonido característico de un arma cuando se carga y escucharon una voz que les gritó:

—¡Quietos todos!

Boris y los demás levantaron los brazos instintivamente. En ese momento Doña Ligia cayó al suelo pesadamente. De inmediato, Angélica corrió en su auxilio.

El cabo primero y otros dos soldados aparecieron de la nada, con sus armas apuntadas hacia la anciana, que convulsionaba en el suelo mientras de su boca brotaba una espesa baba blanca.

—¿Algún más está herido?! —preguntó el militar.

—No, ¡pero hay que hacer algo por la señora! —exclamó Boris.

—Toca cortarle la cabeza —dijo el cabo primero, a lo que Angélica comenzó a llorar. El soldado desenfundó un intimidante machete militar.

—¡Ey, aguanta ese machete! —gritó Jesús.

—¡Hay que cortarle la cabeza antes de que se vuelva a estabilizar! —respondió el cabo Pinzón.

Uno de los soldados regulares retiró por la fuerza a Angélica, mientras la niña gritaba y pataleaba. El soldado restante mantenía su fusil apuntado hacia Boris y los demás, para impedirles moverse.

—¡Al menos no frente a la niña! —exclamó Boris.

—Esta gente sí jode... —dijo el militar y acto seguido arrastró de un brazo a la anciana hasta ocultarse tras una esquina.

Todos escucharon el sonido del machete estrellándose contra el suelo. Segundos después el soldado regresó limpiando su arma con un pañuelo.

Angélica lloraba desconsolada. Sara se le acercó e intentó calmarla, estrechándola contra su cuerpo.

—¿Nadie más fue mordido? —preguntó el cabo Pinzón.— Pa' bajarle la cabeza de una vez...

Después el militar buscó en el maletín de uno de sus subalternos y produjo dos objetos rectangulares de color oscuro, como sobres de plástico.

—Coman —dijo el soldado y les entregó las dos raciones.

El grupo devoró en segundos el contenido, muertos del hambre como estaban. Angélica no quiso comer nada: la realidad le había quitado el apetito.

Nadie dijo que el Fin del mundo iba a ser fácil.

\*\*\*

—El presidente nos dio hasta la medianoche para salir de la ciudad —dijo Boris al militar.

—Ya lo sabemos —dijo el cabo primero—. Y esta niñita nos va a sacar de aquí.

Los soldados habían localizado uno de los camiones militares cerca de donde estaban, pero primero era necesario atravesar una pesada puerta de seguridad que se abría desde el otro lado. Por fortuna, un ducto de ventilación conectaba los dos espacios y alguien del tamaño de Angélica podía moverse sin problema por un espacio tan reducido.

Resultó complicado lograr convencer a la niña de entrar en el ducto. Lloraba constantemente y pedía que la dejaran con su “abuelita”.

—Angélica —le dijo Sara con la mayor ternura posible.— Necesitamos de tu ayuda para salir de aquí.

—Los monstruos me van a comer —lloró la niña.

—No, los monstruos, no te van a comer —prosiguió la mujer—, yo te voy a cuidar. Lo prometo.

Finalmente Angélica se tranquilizó lo suficiente como para explicarle el plan. Debía moverse a través del ducto, llevando una cuerda que le entregarían los soldados. Boris y el cabo primero levantaron a la niña hasta que pudo alcanzar el ducto de ventilación. Luego de avanzar unos metros la escucharon decir que había llegado al final del ducto.

—¿Ves algún monstruo, Angélica? —le preguntó Boris.

—No.

—Entonces deja caer la cuerda.

La niña dejó caer la madeja de cuerda que había arrastrado. Boris y los demás sujetaban el extremo opuesto.

—Ahora baja por la cuerda —le indicó el metalero.

Ella obedeció y en poco tiempo tocó el suelo de baldosín de una habitación vacía. Le habían explicado la forma del botón que servía para abrir manualmente la puerta de seguridad. Así que en poco tiempo estuvo abierta, y el grueso del grupo pudo atravesar hacia lo que parecía una salida trasera del hospital, donde permanecía parqueado un camión militar.

Conforme se acercaban al vehículo, crecía un ronroneo al interior y de repente aparecieron dos soldados contagiados, con sus uniformes ensangrentados. El cabo primero y sus subalternos desenvainaron sus machetes y atacaron el cuello de sus antiguos compañeros de armas, haciendo rodar sus cabezas por el pavimento.

Los militares rompieron la ventana de una de las puertas y empezaron a manipular el mecanismo de encendido. Mientras esperaban, Boris observó a lo lejos un grupo de infectados, que corrían hacia ellos por entre los escombros (vehículos abandonados, basura, muebles viejos) generados la noche anterior.

—¡Ahí vienen los monstruos! —gritó Angélica.

En ese momento el motor del camión se encendió con un potente rugido.

—¡Arriba todo el mundo que nos vamos! —gritó el cabo Pinzón.

# 7

Para la gran mayoría de supervivientes, la forma en la que debía matarse a un contagiado resultaba un misterio. Solo unos pocos descubrieron por error, accidente o suerte, que cortarles la cabeza constituía el método más eficaz.

Sin embargo, decapitar a un ser humano requiere mucha destreza y fuerza: no es tan fácil como nos hicieron creer las películas. Menos aún cuando ese *homo cordyceps* está corriendo hacia ti para destriparte vivo.

La razón por la cual un balazo o una cuchillada en el cráneo no eran suficientes para matar un infectado, eran sus infinitas conexiones neuronales, redireccionadas y reforzadas por el parásito para robustecer el sistema nervioso del huésped.

El problema fue que todos asumieron estar enfrentándose a los populares “zombis”, criaturas no-vivientes que acapararon la atención en cierto momento previo al Fin del mundo, por medio de películas, libros y juegos de computador.

Un *homo cordyceps* no cabía en esta categoría, puesto que se trataba de un organismo (terriblemente) vivo. La única manera de acabar con su existencia era destruyendo completamente el cerebro del infectado o separándolo del cuerpo.

\*\*\*

El cabo primero Ever Pinzón se entretenía atropellando contagiados con el “bómper” reforzado del camión militar. Le gustaba el sonido que producían al ser impactados de frente, o pisoteados por las ruedas, pues evocaba en su mente un recuerdo infantil, años atrás en su natal Yaguará, cuando se divertía aplastando los cuerpos secos de las chicharras.



Este juego le ayudaba a mantener distraída la cabeza, mientras conducía a gran velocidad por la avenida Circunvalar, con uno de sus soldados como copiloto. Se había decidido a tomar aquella ruta, luego de recibir varios reportes del comando central que indicaban una fuerte concentración de contagiados en las demás avenidas principales de la ciudad. Al menos por la Circunvalar los rebaños de *homo cordyceps* eran pequeños y no representaban un obstáculo infranqueable.

De tanto en tanto aparecía en la carretera algún vehículo particular abandonado, pero nada lo suficientemente grande como para resistir el embate del camión.

La mayoría de viviendas que pasaban se veían saqueadas: las rejas abiertas, las puertas de los edificios rotas o desencajadas, incluso observaron incendios en varios puntos a lo largo del camino.

En la parte trasera del vehículo viajaban los supervivientes del hospital, acompañados por el soldado restante.

—¿Cómo sigues de la mano? —le preguntó Boris a Sara.

—Me duele por ratos —respondió ella.— De momento vendería mi alma por una ducha caliente.

—Y yo por un tinto —agregó Jesús.

—Y tú Angélica, ¿tienes hambre? ¿Quieres algo? —le preguntó el metalero a la niña.

—Quiero ver a mi mamá.

La respuesta los dejó en silencio, tratando de pensar una salida lo menos traumática posible. Pero antes de que se les ocurriera algo, escucharon un fuerte estruendo afuera del camión y sintieron como el vehículo empezaba a tambalearse de un lado para el otro.

\*\*\*

El cabo Pinzón llevaba varios minutos sin ver un solo infectado, cuando de pronto, al final de una curva a la altura de la calle 73, escuchó las llantas delanteras del camión estallarse y de inmediato el

timón se tornó indomable.

En su esfuerzo por controlar el vehículo, el soldado no se percató de que diez metros más adelante aparecía un enorme obstáculo en la vía: un vehículo atravesado, un bus ejecutivo de 54 puestos, para ser más exactos.

El cabo hundió su bota en el freno, pero ya era muy tarde: el camión se estrelló de frente contra el costado del bus, matando al copiloto instantáneamente y dejando al conductor inconsciente.

Sus pasajeros habían corrido con mejor suerte y solo contaban con algunos rasguños y una niña que lloraba inconsolable.

Boris observó como el soldado que viajaba con ellos abandonaba el vehículo con su fusil listo para disparar. Pero no alcanzó a tocar el suelo cuando se oyeron varios disparos y el militar cayó acribillado. Los pasajeros del camión se arrojaron al suelo atemorizados.

Tres hombres con pasamontañas negros aparecieron de la nada. Dos venían armados con pistolas 9 mm y el otro con una subametralladora.

—¡Quietos gonorreas! —gritó el de la Mini-Uzi, vestido con una chaqueta de jean, mientras subía al camión de un salto.

—Pa' abajo todos, no se vayan a hacer matar... —dijo el otro.

—Uy parceros, estos son 'milicos' —dijo el tercer encapuchado, armado con una pistola con silenciador.

—Qué 'milicos' ni qué hijueputas —respondió el primero— ¡aquí nosotros somos la ley!

—Los de la cabina están muertos —se le escuchó decir a una cuarta voz.

Boris y los demás salieron del camión. El último de los ladrones en aparecer, armado con una escopeta, procedió a requisar a profundidad el cadáver del soldado baleado. Los de las pistolas trajeron arrastrados los cuerpos de los militares restantes. Sara cargó a Angélica con el fin de

tranquilizarla.

—Bueno papitos, se me bajan de todo lo que traigan —ordenó el hampón con chaqueta de jean. Por sus ademanes podía intuirse que era el líder del grupo.

Boris observó movimiento en las ventanas de algunos edificios cercanos: gente que presenciaba la escena por puro morbo, sin intervenir, sin arriesgar su vida por unos completos desconocidos. Al mejor estilo bogotano.

—Celulares, billeteras, joyas, ipods, armas, lo que tengan de valor.

Jesús y Boris entregaron sus teléfonos. Sara entregó su billetera y una pulsera de plata que le había regalado su mamá. Angélica entregó unos dulces que guardaba en el bolsillo. Uno de los ladrones llevaba una maleta donde iba guardando todo el botín.

— “Eme” —le dijo el líder a uno de los hombres—, toca ‘raquetear’ a esta gente. ¡Pero en bombas que estamos aquí es pagando!

Uno de los encapuchados, vestido con un saco rojo y cuya pistola no tenía silenciador, requisó exhaustivamente a Boris y luego a Jesús. Durante la pesquisa, encontró la cámara fotográfica del periodista, oculta en su maleta.

Ante el hallazgo de la cámara, el hombre procedió a golpear a Jesús en la cabeza con la empuñadura de su arma.

—¡¿Te las vas a dar de vivo conmigo, gonorra?!

Luego el hombre le dio un puño en el estómago que hizo al fotógrafo hincarse del dolor. Boris se interpuso.

—¡Ya les dimos todo lo que teníamos! —exclamó el rockero.

—¿Seguro? —preguntó otro de los encapuchados, al tiempo que se ubicaba detrás de Sara y se

colgaba su escopeta al hombro. El de saco rojo se quedó apuntando a Boris y a Jesús. El líder del grupo se acercó a Angélica y le extendió la mano.

—¿Cómo te llamas, nenita? —preguntó.

—No se atreva a tocarla —dijo Sara con tono amenazador.

—¡Uy! Así es como le gustan al “patrón”: bravitas.

Luego el líder se dirigió a los demás.

—A estas dos las podemos raquetear en la casa. Vámonos antes de que venga algún sapo.

Con un rápido movimiento, el líder le arrebató la niña a Sara, a quien su mano lastimada no le permitía hacer mucha fuerza. Y mientras el encapuchado sostenía a Angélica en el aire, el ladrón de la escopeta inmovilizó a la caleña con una llave muy eficaz.

Boris sintió como su sangre empezaba a arder, producto de la impotencia. Sabía perfectamente que no era un héroe de película, capaz de matar a todos los malos en un parpadeo y salvar a la chica. Debía resignarse a morir ejecutado por un par de hampones de pacotilla: incluso la muerte de su abuelo había sido más digna.

—¡Al menos no nos maten frente a la “pelaíta”! —exclamó Jesús.

El encapuchado dudó por un instante, mientras Angélica pataleaba en el aire.

—Bueno, pero que no se diga que ya no queda gente de bien en esta ciudad.

Luego el líder se dirigió a los dos encapuchados de las pistolas.

—Ustedes se quedan y nosotros subimos. Cuando “voltiemos” la esquina, despachan a estos dos y nos vemos arriba.

—Va pa’ esa —respondió el encapuchado de saco rojo.

Boris observó a los captores alejarse con sus prisioneras por la calle hasta unas escaleras que ascendían hacia el interior del barrio y tuvo el presentimiento de que nunca volvería a verlas. Sintió

el impulso de gritarle a Sara que la amaba, que le daba gracias al destino por haberla puesto en su camino, que habría dado todo por hacerla feliz...

Pero esto no era una novela mexicana, era el Fin del mundo.

Y nadie dijo que el Fin del mundo iba a ser fácil...

\*\*\*

Sara y Angélica fueron conducidas a la fuerza por un estrecho callejón de escaleras. Cuando empezaban el ascenso, escucharon a lo lejos dos disparos, con un segundo de intervalo entre los dos.

—¡Uy, ese ‘pirobo’ del Maicol si es garoso —exclamó el líder de los encapuchados y soltó una carcajada.

En medio del terror y la impotencia, Sara sintió un poco de tristeza, por quienes habían sido sus compañeros de tragedia, pues parecían unos buenos tipos, o al menos nunca habían “pelado el cobre”.

\*\*\*

Sin embargo, aún no era momento de lamentar la muerte de Boris, ni de Jesús, puesto que los dos estaban más vivos que nunca. Un poco sordos y aturdidos, pero vivos.

Los dos hombres escucharon las detonaciones y vieron a los encapuchados caer, pero les tomó un par de segundos darse cuenta de que el cabo primero Ever Pinzón había vuelto de la muerte para salvarlos.

—¿Dónde están la mujer y la niña? —preguntó el soldado, mientras cojeaba hacia ellos.

—¡Todavía podemos salvarlas! —exclamó el metalero.

—Aguanta el viaje, compadre. Si esos manes nos ven llegar, seguro las matan.

—¡Pero se nos van a perder! ¿Cuántos edificios hay en este barrio?

Mientras discutían, Boris y Jesús notaron que la expresión del cabo primero se transformaba y tenía su mirada fija en un punto a lo lejos.

—Ahí viene uno de esos locos... —dijo el soldado.

El periodista y el rockero se dieron vuelta para fijar sus ojos en lo que veía el militar. En efecto, una figura oscura y harapienta venía caminando por la carretera entre los vehículos abandonados, la basura y demás vestigios de la fuga precipitada de los habitantes de aquel barrio. Sin embargo, aquel contagiado no venía trotando, como normalmente se creería. Simplemente avanzaba hacia el grupo con las manos levantadas, en señal de rendición.

Boris vio que el soldado levantaba su arma y disparaba hacia el recién llegado. Por fortuna, el tiro fue a estrellarse a pocos centímetros de su pie izquierdo. De inmediato el supuesto infectado lanzó un grito y se agazapó.

—¡No! —exclamó Boris— ¡Espere un momento! ¡Eso no es un loco!

—¿Cómo que no? —preguntó el cabo primero— Toca darle de baja mientras está lejos, esos hijueputas son duros de matar.

—Mejor dicho, sí es un loco, pero no un zombi. ¿No ve que tiene las manos levantadas?

En ese momento escucharon a lo lejos unos gritos.

—¡No disparen, parceros! Vengo en son de paz.

\*\*\*

En efecto, tal y como lo señalaba Boris, el personaje que veían a escasos cuarenta metros, todavía podía catalogarse como un *homo sapiens*. Sin embargo, para un porcentaje enorme de la población

bogotana, este tipo de individuos no podían ser considerados como “humanos” y tenían el inapropiado sobrenombre de “desechables”<sup>3</sup>.

También se les llamaba “chirris”, “ñeros”, “bazuqueros” o sencillamente, “locos”.

\*\*\*

Daniel se aproximó tímidamente, sin bajar sus brazos.

—Tranquilos, jefecitos —les dijo el mendigo—, yo solo quiero colaborar.

—Qué pena, mano —dijo el militar.

—Fresco “patrón”, que a los loquitos nos están disparando todo el tiempo. Al final uno se acostumbra.

—¡Y menos mal este “man” tiene mala puntería! —agregó Jesús.

—¡Menos mal! —dijo Daniel con una carcajada— porque a lo bien les vengo a colaborar. Yo sé donde se están quedando esas “coscorrias” que se llevaron a sus “nenitas”.

—¿Ah sí? ¿Y dónde es? —preguntó Boris, no muy convencido.

—Aquí arriba, en un edificio de ladrillo.

—¿Cómo sabemos que no es una trampa? —preguntó el soldado— ¡No se ponga a “güevoniar” porque la próxima vez sí no fallo!

—No patroncito, jurado. Yo lo que quiero es limpiar mi ciudad... y de paso ganarme una “liguita”.

—De una, parcerero —dijo Boris—, llévenos y se gana su billetico.

—Lo que sí veo jodido, es caerles de sorpresa —objetó el cabo primero—, va a estar brava esa entrada.

—Uy sí hermano, qué peligro —dijo Jesús—, ¡nosotros no somos soldados!

---

<sup>3</sup> Este “desechable” tenía una connotación histórica especial, por ser la primera persona en contacto con el paciente “A”. De hecho, todavía tenía en su poder los zapatos y la billetera de Alexander Elías Machado.

Boris pensó un momento, luego se dirigió hacia el cadáver de uno de los encapuchados y revisó la marquilla de su saco rojo.

—¿Usted qué talla es? —le preguntó a Jesús.

—Talla “Eme” —respondió el periodista—, pero estás en las drogas, como este compadre — señalando a Daniel— si crees que me voy a poner la ropa de un muerto.

\*\*\*

Los encapuchados condujeron a sus rehenes hasta un edificio cercano, cuya entrada peatonal se encontraba bloqueada por un bus escolar y otros automóviles.

Al acercarse a la puerta del garaje, el líder del grupo golpeó tres veces con la empuñadura de su revólver. Un par de ojos asomaron por una rendija en la parte superior y de inmediato la entrada se abrió mediante un mecanismo manual.

Un hombre de avanzada edad los recibió. Vestía un uniforme de celador.

—¿Dónde están Jeison y Maicol?

—Se quedaron finiquitando un negocio —respondió el encapuchado mientras ingresaba al edificio, seguido de cerca por su compañero—, ahora vienen.

Una vez adentro, los dos hampones se retiraron las capuchas. El líder tenía menos de treinta, una barba discreta y la piel ligeramente bronceada. El otro era tan solo un adolescente, con el popular corte de pelo conocido como “el siete”.

Sara notó que el garaje del edificio estaba desocupado, salvo por una vetusta Ford de color verde biche, un taxi y una lujosa camioneta de color azul oscuro.

Subieron en silencio por las escaleras, en medio de la penumbra producida por la falta de electricidad. Sara llevaba cargada a Angélica, que dormía plácidamente.



Durante el ascenso, la caleña observó en cada piso varias puertas de apartamentos abiertas de par en par, revelando un completo desorden y desolación, como si hubiera ingresado un torbellino.

Al llegar al séptimo piso, el hombre de la barba las condujo hasta el apartamento 701 y tocó la puerta.

—¿Se puede, patrón? —preguntó el hampón.

—Siga —se escuchó una voz en el interior.

Ingresaron en una lujosa vivienda tipo “loft”, con piso de mármol y amplios ventanales. El lugar lucía en desorden, con ropa tirada por el suelo, platos rotos y basura. Muy cerca de la entrada había un inmenso arrume de electrodomésticos, objetos y cajas, como si sus habitantes se estuvieran trasteando. Algunas de las cajas estaban abiertas, revelando ropa, utensilios de cocina y discos.

En la sala encontraron a un hombre de gafas, vestido con una camisa de cuello color azul, sentado en un sillón de cuero. En su mano derecha tenía un vaso lleno de güisqui y con la izquierda se sacudía los residuos de cocaína que le habían quedado en la nariz, después del último “pase”.

—Vea “patrón” —dijo el hombre de la barba—, la prueba de que mi idea del bus sí funciona.

El hombre de las gafas tomó un sorbo de su trago, hizo gárgaras con el líquido y luego se lo tragó en silencio.

—En el apartamento de al lado vivía una niña, para que lleven ésta a jugar un rato —ordenó el “patrón”.

Sara intentó oponerse a que el hampón se llevara a Angélica, pero el cañón de una pistola en su cara fue un argumento suficientemente persuasivo para entregarla.

—Tranquila, mamita, que va a estar muy cerca y hasta con niñera privada —dijo el de la barba.

Con la niña todavía dormida, el hampón se dirigió hacia el apartamento 702 y sacó unas llaves del

bolsillo con las que abrió la puerta.

—Richar —le dijo al adolescente del “siete”—, quédese en la puerta por si acaso el patrón necesita algo.

Sara permaneció de pie inspeccionando la vivienda. El lugar era amplio y lujoso, decorado con cuadros sofisticados en las paredes blancas y un tapete de piel ocupando la mayoría del espacio. Había también una chimenea, que de momento estaba apagada.

Una de las habitaciones se encontraba cerrada y la caleña podía jurar que escuchaba ruidos en su interior. El hombre de las gafas se levantó del sofá y caminó hasta la ventana, mientras su lugarteniente salía del apartamento, cerrando la puerta tras de sí.

—Bonita la vista, ¿cierto? —preguntó el “patrón”, cuyo nombre real era Henry Salazar.

\*\*\*

En la desaparecida República de Colombia, existía un tipo de criminal que a simple vista parecía un ciudadano corriente, de buenas costumbres y hábitos honorables. Un tipo de hampón que habría podido convencer a cualquiera de su inocencia, incluso a su propia madre.

Vestía de forma elegante, hablaba con fluidez y lograba sacudirse hábilmente cualquier estereotipo negativo que llamara la atención de sus víctimas.

Henry era uno de estos especímenes. Contaba con más de una década de experiencia en asuntos criminales de todo tipo: nadie podía negar que sabía diversificar su negocio.

Había sido raponero, fletero, estafador y por último, apartamentero. Era gracias a esta última actividad que se encontraba en aquella sala del barrio Los Rosales, su territorio de caza favorito.

El día anterior había llegado, junto con el resto de la pandilla, para desocupar un apartamento donde

se presumía que había un enorme botín. El vigilante del lugar, cómplice y hombre de confianza del “patrón”, les había indicado el momento preciso en el que debía ejecutarse el golpe.

Henry ingresó en el edificio, a eso de las 3 de la tarde, acompañado del hombre de la barba, apodado “el mosco”.

La lluvia torrencial mimetizó su ingreso sospechoso: a esa hora la mayoría de residentes, incluyendo a su víctima, se encontraba trabajando o haciendo diligencias fuera de casa.

Subieron directamente hasta el apartamento 701, donde vivía un funcionario de la embajada de España, que a juzgar por su lujosa camioneta debía tener bastante dinero y objetos valiosos.

“El mosco” demostró una vez más sus dotes como “violador” de cerraduras y en poco tiempo estuvieron adentro del apartamento. Acababan de poner un pie al interior cuando se fue la luz.

\*\*\*

Siete pisos más abajo, Juan Carlos Aguilar, consejero cultural de la Embajada de España en Colombia, ingresaba en el edificio como una tromba, protegiéndose con un amplio paraguas.

El anciano celador estuvo a punto de sufrir un infarto cuando vio ingresar al español, pues no lo esperaba antes de las 8 o 9 de la noche.

Juan se dirigió al ascensor y descubrió que había sido cortado el suministro de la luz. Comenzó a subir por las escaleras casi corriendo. Luego de intentar inútilmente llamar por celular, el vigilante salió detrás del diplomático, intentando entablar una conversación e iluminándole el camino.

Pero el consejero cultural no tenía un minuto para perder conversando con el anciano: cualquier demora podía costarle la vida. Cada minuto que pasaba, decenas de miles de personas en el país

eran contagiadas por la epidemia y se arrojaban a las calles a morder todo lo que se les pusiera enfrente.

Durante el ascenso, el español planeó mentalmente el equipaje que venía a recoger. No tenía mucho espacio disponible: solo le habían autorizado llevar una maleta al refugio.

Pero antes de poder terminar su lista, mientras sacaba las llaves para abrir su apartamento, el diplomático recibió un potente golpe en la nuca que lo dejó inconsciente.

El celador le había dado con la linterna.

\*\*\*

—¿Qué van a hacer con nosotras? —le preguntó Sara al “patrón”.

El hombre guardó silencio un momento. La mujer creyó escuchar de nuevo los rumores de la habitación cerrada.

—Pues invitarlas a vivir aquí —respondió Henry.— Esta ciudad se terminó de volver loca y allá afuera está muy peligroso.

—¿Y este apartamento sí es suyo?

—¡Claro que sí! —exclamó el hombre con una sonrisa— Y no solo el apartamento, ¡el edificio completo! Al fin y al cabo todos salieron corriendo...

Henry se aproximó lentamente hacia donde Sara y se sentó a su lado.

—Si quieres te regalo un piso entero —le dijo a la mujer, mientras le acomodaba con delicadeza el pelo detrás de la oreja izquierda— para que sepas lo que es vivir como los ricos.

En ese momento se escucharon dos golpes en la puerta.

—¿Qué quiere, Richar? —preguntó Henry, visiblemente molesto.

Nuevos golpes llegaron como respuesta. El “patrón” se dirigió hacia la entrada. Sara aprovechó el momento para tomar un trozo de porcelana rota que yacía en el piso, junto a sus pies y ocultarla en sus pantalones. El objeto tenía una punta bastante afilada que podía servirle cuando el hampón regresara.

Sin embargo, la caleña no tuvo necesidad de utilizar este recurso, puesto que al abrir la puerta para reprender a su subalterno, Henry se encontró de frente con un silenciador plateado, de donde surgió una bala calibre 38 que le atravesó la cabeza en un parpadeo y lo mandó al cielo sin escalas.

O como diría el propio finado: el cabo primero, Ever Pinzón, lo había puesto a “chupar gladiolo”.

\*\*\*

Sara pensó que su situación había empeorado cuando vio entrar al apartamento los dos encapuchados que se habían quedado para matar a Boris y a Jesús.

Sin embargo, cuando los hombres se quitaron las máscaras y revelaron su identidad, la caleña sintió que el alma le regresaba al cuerpo.

Detrás del cabo primero y Jesús, apareció Boris con Angélica en los brazos. La mujer estaba tan emocionada de verlos que abrazó al metalero y a la niña, los cuales le devolvieron el gesto.

—Que bonita familia... —dijo el periodista— y nadie se acuerda del viejo Jesús.

Sara sonrió, por primera vez desde la llegada del Fin del mundo, y le dio un tímido beso al fotógrafo en la mejilla.

El soldado les ordenó guardar silencio, mediante la tradicional señal del dedo sobre los labios, y se aproximó sigilosamente a la habitación que estaba cerrada. En efecto se escuchaban unos extraños

sonidos al interior.

El militar abrió la puerta muy lentamente, revelando la figura del consejero cultural de la Embajada de España, Juan Carlos Aguilar, atado a su propia cama y con una eficaz mordaza en la boca.

## 8

Robert Westcott, teniente coronel de la Fuerza Aérea de los Estados Unidos, había decidido aprovechar el resto de la tarde con sus dos hijos, Timothy y Bill, de cinco y ocho años respectivamente.

Su día de descanso estaba por concluir y debía sacar el mayor provecho posible de ese saludable tiempo en familia. Sin embargo, la diversión fue interrumpida por una llamada de su oficial superior, que lo convocaba de inmediato al comando central de la base para una reunión de urgencia.

El trabajo de Robert consistía en pilotear un avión B-2, bombardero insigne de las fuerzas militares norteamericanas, capaz de volar grandes distancias para atacar objetivos en cualquier lugar remoto del mundo y cuya mayor habilidad consistía en ser prácticamente invisible a los radares y baterías antiaéreas.

Luego de soportar los reclamos de sus hijos durante un buen rato y despedirse cariñosamente de su esposa, “Bob”, como le decían sus amigos más cercanos, se dirigió hacia la base militar Whiteman, en medio del gran Missouri.

Una vez arribó al comando central, subió a la sala de proyecciones del segundo piso. Al ingresar se encontró con una escena bastante inusual: todas las tripulaciones de los otros B-2 estacionados en la base, reunidas en un mismo recinto.

Frente a los pilotos, se encontraba un nutrido panel de oficiales, encabezados por el mismísimo General Peter H. North, jefe de Estado Mayor de la Fuerza Aérea de los Estados Unidos. La presencia de este último personaje ratificaba el carácter excepcional y urgente de la reunión.

Bob recibió su carpeta de instrucciones y empezó a leer, mientras uno de los oficiales explicaba los pormenores de la operación. El militar escuchó atónito el objetivo final de su misión: soltar una bomba nuclear del tipo B-83 sobre una ciudad llamada Bogotá, capital de un país llamado Colombia.

Sin embargo, tanto el teniente coronel Wescott como varios de los pilotos presentes no tenían la más remota idea de dónde quedaba este país.

Al fin y al cabo para eso estaba el GPS.

\*\*\*

Dato curioso: “Bob” era nieto del célebre William T. Westcott, as de la aviación y famoso veterano de la guerra de Corea.

\*\*\*

—¡Uy este “man” sí tiene las lucas! —exclamó Daniel al ingresar en el apartamento.

—Pilas, parcero —le dijo Boris—, no toque nada o no se gana la plata.

—Todo es bien...

El diplomático español se encontraba bastante debilitado, luego de casi un día sin comida ni agua: al parecer el “patrón” había decidido dejarlo morir de inanición.

Luego de alimentarlo, el hombre empezó a hablar.

—¿Y ustedes qué coños hacen aquí?

—Pues rescatando a las “nenitas” —intervino Daniel.

—Entonces tengo que agradecerle a las “nenitas” —dijo Juan Carlos—; pensé que de esta no



salía...

Luego el hombre les contó que la policía y el ejército habían improvisado un refugio nuclear al interior de la célebre Catedral de Sal, con el fin de albergar a la crema y nata de nuestra sociedad que no había alcanzado a fugarse del país o de la ciudad, tras el principio de la epidemia.

Muchos funcionarios de la embajada española, como Juan Carlos, no habían recibido a tiempo la orden de dirigirse al aeropuerto y por ende habían quedado atrapados en medio de la hecatombe. Como premio de consolación, les habían avisado de este refugio, al que debían dirigirse a la mayor brevedad, puesto que a la capital de la República no le quedaban muchas horas de vida.

A la medianoche, cuando el sábado se convirtiera en domingo, una bomba atómica, cien veces más potente que las de Hiroshima y Nagasaki combinadas, sería detonada sobre la moribunda Bogotá.

La ciudad estaba desahuciada: por sus venas enfermas corrían millones de *homo cordyceps* que amenazaban con diseminarse por todo el territorio nacional. Había que cazarlos a todos juntos, mientras se encontraran dentro del perímetro urbano.

Por precaución, otras ciudades menores de Colombia iban a correr la misma suerte, entre las cuáles la urbe natal de Sara, Cali.

\*\*\*

Boris y los demás escucharon atónitos el relato del español. Les costaba creer que la ciudad donde vivían sería borrada del mapa en cuestión de horas. Otra preocupación que compartían era que su condición de ciudadanos comunes (y dispensables) los eximiera de poder entrar en el refugio VIP.

—Me la suda lo que digan en el refugio —dijo el español—, ustedes me salvaron la vida, yo voy a salvar la vuestra.

—El problema va a ser llegar hasta Zipaquirá al trote —dijo el cabo primero—. El camión ya no sirve pa' nada.

—¡Claro que no! —exclamó Juan Carlos.— Tenemos mi camioneta. Eso sí, con una condición: que alguien más conduzca porque detesto manejar en Bogotá y no me imagino cómo estará el tráfico hoy.

Boris guardó silencio, pues no sabía manejar. Luego de la muerte de sus padres, su abuela había desarrollado una marcada fobia hacia los carros.

—¿Y yo puedo ir con ustedes, patroncito? —preguntó Daniel mientras se frotaba las manos nerviosamente.

El español quedó paralizado por la pregunta, mientras todos se miraban y padecían el silencio incómodo.

—Pues claro, parcerito —dijo Boris— así nos toque echarlo al baúl.

—Vale, vale —agregó Juan Carlos— pero con otra condición: que se dé primero una ducha y se cambie de ropa.

\*\*\*

Mientras el mendigo se duchaba, con la poca agua que todavía llegaba al apartamento, Boris y los demás pasaron revista al montículo de objetos que estaban arrumados junto a la entrada.

Encontraron un buen stock de alimentos (enlatados, agua potable, frutas y verduras), aunque poco dinero en efectivo: los habitantes del edificio se habían ido con todo su capital a cuestas.

La mayoría de objetos le pertenecían al diplomático español, entre ellos una fastuosa katana japonesa que Boris encontró casi por instinto, pues el rockero era fanático de todo lo que tuviera tintes del Medioevo, las espadas y las batallas campales.

—Esto está una chimba.

—Pues si te gusta, te la regalo, chaval —le dijo Juan Carlos—. Eso sí: no vayas a cortarte una mano jugando.

\*\*\*

El cabo primero Ever Pinzón se ofreció como voluntario para manejar la inmensa camioneta del consejero cultural, que “teóricamente” podía llevarlos sanos y salvos hasta el seguro: tenía un motor con infinidad de caballos de fuerza y un blindaje antibalas tipo 4.

El soldado tenía experiencia en este tipo de vehículos, pues en el pasado había sido asignado al servicio de escolta de un general de cuatro soles (y siete suelas).

\*\*\*

El grupo de sobrevivientes se puso en marcha cuando el sol empezaba a ocultarse en el horizonte. En efecto, Daniel había tenido que acomodarse en el amplio baúl, simulando ser parte del equipaje, junto con la comida, la katana y la maleta de Juan Carlos.

La ruta más “segura” y directa era tomar la vía a la Calera hasta Sopó y de ahí hasta Zipaquirá. Como era de esperarse, el ascenso resultó bastante accidentado y perturbador. La carretera se encontraba plagada de obstáculos, empezando por cientos de infectados que avanzaban con paso firme hacia la despensa de comida más cercana: La Calera.

Al cabo de media hora de camino tortuoso, cuando comenzaban a acostumbrarse al sonido de la camioneta arrollando contagiados a diestra y siniestra, vieron a lo lejos las luces del pueblo sabanero.

En cuestión de segundos, la densidad de los *homo cordyceps* comenzó a disminuir, así como los vehículos abandonados, los charcos de sangre y las escenas macabras.

A partir de ese punto el viaje parecía más un paseo dominguero que una fuga del apocalipsis. Incluso Jesús propuso encender la radio, pero lo único que podía captarse era la grabación presidencial que se repetía de forma ininterrumpida.

\*\*\*

Todos los pueblos que cruzaban estaban completamente desolados y en penumbra: o los habían evacuado o se habían quedado sin suministro eléctrico.

Al llegar a la autopista, se encontraron con un gigantesco trancón de vehículos, digno de las vías colombianas. Todos intentaban escapar hacia el Norte, completamente ignorantes de lo que estaba a punto de caerles encima.

Por fortuna para Boris y los demás, su camino los llevaba por debajo del puente congestionado.

—¿Y qué va a pasar con todas esas personas? —preguntó Jesús.

—No tengo la menor idea —respondió Juan Carlos.

\*\*\*

El diplomático español contaba con un mapa de instrucciones para llegar al refugio nuclear, impreso a las carreras a partir de un correo electrónico que había recibido del jefe de seguridad de la embajada.

Las indicaciones mostraban una vía alterna para llegar hasta la Catedral de Sal, sin pavimento pero en la que la camioneta podía transitar sin problema.

Al cabo de un rato, se encontraron con una caravana de vehículos diversos, que avanzaba por la

misma ruta que ellos. Veinte minutos después, el grupo se detuvo frente al portón de una finca, custodiado por varios soldados.

Uno a uno los carros fueron inspeccionados por los militares.

Cuando le tocó el turno a la camioneta de Juan Carlos, los soldados saludaron respetuosamente al cabo primero.

—¿Con quién viene, mi cabo? —preguntó el militar.

—Acá escoltando el consejero cultural de la embajada española —respondió Ever.

—Me permite su documento, es tan amable.

El diplomático español entregó su cédula de residencia y el soldado la revisó con una linterna.

—Me permiten los documentos de los demás.

—Mire señor —interrumpió Juan Carlos— el embajador en persona nos está esperando adentro del refugio. Vengo con mi hija, mi asistente, la niñera y su novio. Le pido un poco de consideración, ¡por Dios!

El soldado iluminó los rostros de todos los ocupantes, devolvió el documento del consejero y los dejó pasar.

—Hombre, viejo Boris —dijo Jesús aguantando la risa algunos metros más adelante—. ¡Menos mal el soldado se dio cuenta de tu traga maluca y se lo creyó!

\*\*\*

Después de unos kilómetros de subida pronunciada, observaron a lo lejos a una construcción con forma rectangular que coronaba la montaña, la cual según el mapa era la entrada.

A pocos metros del edificio, varios soldados y policías organizaban a los carros que iban llegando:

parecía como si la Catedral de Sal estuviera albergando un gran concierto.

Después de dejar la camioneta, tuvieron que hacer una fila de 15 minutos hasta llegar a la puerta. Una mujer soldado les pidió sus cédulas, pasaportes o tarjetas de identidad, con el fin de revisar sus antecedentes penales. El problema era que ni Angélica ni Daniel traían consigo sus respectivos documentos.

Sin embargo, gracias a una nueva intervención del cabo primero y después de firmar un par de papeles donde se eximía al ejército nacional de cualquier responsabilidad por el ingreso de acompañantes sin la debida identificación, pudieron acceder.

\*\*\*

La entrada al refugio era en realidad un gran ascensor, con capacidad para veinte personas. Mientras descendían hacia las profundidades del mundo, un cordial policía les dio la bienvenida. Cuando terminaron de bajar, este mismo uniformado les sirvió de guía por entre los pasadizos de la mina.

Boris recordaba que en una parte de la montaña todavía se explotaba la sal, actividad que generaba unas inmensas cámaras subterráneas. Y era en estos espacios rectangulares que la policía y el ejército habían organizado a los refugiados.

Todo el recorrido estaba iluminado por una red de bombillos potentes, de tal forma que Boris pudo distinguir a muchas de las personas que había en el lugar.

Reconoció músicos, actores de televisión, periodistas y otras figuras públicas como empresarios, abogados y deportistas. Observó también grupos familiares de gente adinerada que vivía en lujosas mansiones de la Sabana de Bogotá y por alguna razón no habían logrado salir a tiempo del área.

Había niños de todas las edades y ancianos en sillas de ruedas de apariencia sofisticada, así como una enorme cantidad de extranjeros que se acomodaban en los pasadizos, unos pegados a los otros

para darse un poco de calor.

Conforme avanzaban resultaba evidente que Daniel era el único pobre presente: toda una rareza, una especie en vía de extinción.

De sobrevivir a la hecatombe, aquellas casi mil personas podían reconstruir la sociedad, tomando lo mejor de las razas foráneas y autóctonas, aprovechando la total ausencia de ese lastre agobiante que es la miseria.

Al menos ese era el plan.

\*\*\*

Durante el camino, Juan Carlos se despidió de todos con un conciso “¡Hasta luego!” y corrió a reunirse con sus coterráneos españoles. Por su parte, el cabo primero Ever Pinzón abandonó el grupo para ir a reportarse con sus superiores acuartelados en la mina.

Una vez instalados en su propio rincón, Boris y los demás recibieron una ración de alimentos empacados al vacío, muy similar a la que portaban los militares.

Todos comieron en silencio, con la mente fija en sus familiares, amigos y conocidos. Pensaban en la gente afuera del refugio, aquellos que todavía se encontraban en Bogotá, luchando por sobrevivir, haciendo todo lo posible por prolongar su existencia un par de horas más.

—Me habría gustado despedirme de mis papás —dijo Sara con un hilillo de voz.

—A mi también —agregó Jesús.

—¿Alguien tiene un cigarrillito? —preguntó Daniel.

—No, parcerero —dijo Boris— Cómo se le ocurre fumar aquí...

Mientras conversaban, nuevos refugiados arribaban a la mina. El policía de la entrada instaló un

grupo de personas a pocos metros y Boris notó que Sara se ponía un poco tensa.

La razón: dentro de los recién llegados había una mujer de una belleza abrumadora, que de inmediato se convirtió en el centro de atención de todos los hombres del espacio.

\*\*\*

Esta mujer, llamada Estefanía Londoño, modelo de una importante marca de ropa interior, había sido la razón por la cual Alejandro y Sara terminarían su relación de manera abrupta.

\*\*\*

Sara y su némesis sentimental se miraron durante un minuto, con ese odio casi radioactivo que solo las mujeres son capaces de irradiar.

Sin embargo, la aparición de Juan Carlos rompió el cruce de miradas de las damas y contribuyó a distender el ambiente. El diplomático traía dos aislantes térmicos para camping enrollados y unas botellas de agua.

—Hey, colegas, ¿cómo me los están tratando? —preguntó el español.

—De momento, todo va bien —respondió Boris.

—Aquí les traigo a las “nenitas” un par de cosas. Me informan que estaremos encerrados por lo menos doce horas más después de la explosión, hasta que se despeje la mierda allá arriba y puedan venir por nosotros.

—Muchas gracias, compadre —dijo Jesús.

—Hombre, ¡qué va! Si no fuera por vosotros todavía estaría amarrado a mi cama.

Sara recibió los aislantes y de inmediato los extendió en el suelo. Angélica se acostó en silencio: llevaba todo el día sin pronunciar palabra. Parecía como si el síndrome de insensibilidad congénita



al dolor finalmente le afectara también el corazón.

—Servidos entonces —dijo Juan Carlos— me vuelvo con la colonia ibérica. Ánimo, ¡y que disfruten el Fin del mundo!

—¡Lo mismo! —apuntó Boris.

En efecto, el reloj se acercaba a la medianoche y el conteo regresivo estaba a punto de terminar.

## 9

El teniente coronel Robert Westcott, a bordo del bombardero B-2, bautizado como “Spirit of America”, sobrevolaba un país del que poco o nada conocía: se llamaba Colombia. Era la primera vez en su vida que viajaba más al sur de la Florida.

Él y su copiloto habían transcurrido las últimas cuatro horas en completo silencio, ponderando la situación, reflexionando sobre lo que estaban a punto de hacer. Ni en sus sueños más alocados habían considerado la posibilidad de tener que lanzar desde su avión una bomba nuclear.

Pues si bien a los Estados Unidos les encantaba involucrarse en todas las guerras del globo, ninguna de estas intervenciones había requerido un uso de la fuerza de tales proporciones.

Generalmente bastaba con invadir el país, desmontar el gobierno de turno y reemplazarlo por uno de su conveniencia. No había necesidad de exterminar la población de un solo golpe, cuando podía hacerse en el transcurso de varios años y con menores costos ambientales para el planeta.

Sin embargo, según la cúpula militar de los Estados Unidos la situación en Colombia ameritaba este recurso extremo, pues lo que estaba en juego era la supervivencia de toda la humanidad. Una vez más, los valientes soldados del tío Sam debían intervenir para salvar al mundo de un destino fatal.

Y una vez más, contaban con la enorme ventaja de poder librar la batalla lejos de su tierra natal, de poder devastar naciones foráneas sin perjuicio directo para sus conciudadanos, de poder hacer un inmenso desorden sin tener que recogerlo después.

Ya lo habían hecho en el pasado varias veces y según sus cálculos, en esta ocasión el desenlace no sería diferente.

\*\*\*

A las 0:00 horas, “Bob” Wescott oprimió el botón rojo de su B-2 y por un instante se sintió como un dios, desatando toda su furia sobre un mundo en miniatura.

Desafortunadamente para él y su copiloto, no tendrían la posibilidad de ver la explosión en vivo y en directo, como millones de televidentes en todo el mundo, que sintonizaban a esa hora los principales canales de noticias.

El escenario estaba listo para presentar a la humanidad un espectáculo que no se veía desde hacía muchas décadas atrás, cuando los antepasados de Bob intentaron borrar de la faz de la tierra a dos ciudades repletas de “ojirayados”.

Por primera vez en la historia, y desde la comodidad de sus casas, *homo sapiens* de todo el planeta serían testigos directos del poder devastador e inconcebible de un arma nuclear.

El “Spirit of America” y otros cuatro bombarderos B-2 que sobrevolaban el espacio aéreo colombiano, debían liberar su carga y regresar a casa, literalmente sin mirar atrás, ya que solo el lente de una cámara era capaz de resistir el destello cegador de la explosión.

\*\*\*

El misil de crucero liberado por el teniente coronel Westcott surcó los cielos a más de 800 kilómetros por hora, alcanzando su objetivo en cuestión de 15 minutos.

Al ser detonada, la bomba de 1,2 megatones produjo un destello que anuló por completo la noche. La ciudad se desmoronó, con todos sus ocupantes, como un castillo de arena azotado por una gran ola.

La tierra se sacudió con violencia, y no hubo nadie en el refugio nuclear que no pensara por un momento que la montaña colapsaría sobre sus cabezas.

Y para reforzar en los supervivientes el terror del momento, todos los bombillos se fundieron a la vez, sumiendo a la mina en la oscuridad total.<sup>4</sup>

\*\*\*

Luego de soportar valientemente el impacto telúrico de la bomba, Boris y los demás escucharon el desprendimiento de varios trozos del techo de la mina, seguido por el aterrador estruendo de su choque contra el suelo. Por fortuna, ninguno había caído sobre nadie.

Minutos después, otras cuatro bombas de menor calibre cayeron sobre Barranquilla, Medellín, Cali y Bucaramanga.

Y mientras en Estados Unidos y otros lugares del mundo, la gente celebraba la culminación exitosa de la operación “Firewall”, muchos al interior del refugio, como Sara, Jesús y la propia Angélica, lloraban amargamente la pérdida de sus seres queridos.

Pues si bien las bombas habían erradicado la amenaza del cordyceps, nadie estaba preparado psicológicamente para lidiar con la idea de ver desaparecer su ciudad natal en medio de un infierno nuclear.

Por esta razón, miembros de la Policía Nacional visitaron a cada grupo de refugiados, suministrando apoyo moral, discursos motivacionales y palabras de aliento. Repartían también alimentos para las siguientes doce horas, así como cobijas, guantes y otros aditamentos orientados a combatir el frío intenso del lugar.

Con el fin de restablecer de alguna manera la iluminación, el ejército encendió reflectores en

<sup>4</sup> Si la explosión hubiera ocurrido durante el día, el hongo generado habría podido verse desde cualquier rincón de los departamentos aledaños a Bogotá.

algunos puntos de la mina, mitigando un poco la penumbra y la sensación de vulnerabilidad.

Al retornar la luz, Boris y los demás se dieron cuenta de que Daniel estaba acurrucado en un rincón emitiendo unos suaves gemidos lastimeros.

—¿Qué le pasa, parcerero? —le preguntó el rockero.

—Uy patroncito, me estoy sintiendo “repaila”. Tengo “calosfríos” y me duele hasta el alma.

—No joda —les dijo, casi susurrando, Jesús a Boris y a Sara—, a este “mancito” le está pegando el síndrome de abstinencia. Vamos a tener que buscar algo para darle.

—¿Está loco? ¿Y acá dónde vamos a conseguir “bazuco”?

—No sé, pregúntale a un “tombo” de estos —le dijo el periodista con una sonrisa.

—A lo bien, Jesús, póngase serio.

—No, pero en serio —intervino Sara—, tenemos que buscar un doctor.

Boris se dirigió hacia el grupo de personas más cercano, donde se encontraba la bella némesis de Sara: Estefanía. Además de la modelo, el grupo estaba compuesto por una señora (bastante bien conservada) vestida de forma elegante, un tipo de pelo canoso, vestido con una fina chaqueta de paño verde y unos mocasines negros, una anciana y dos adolescentes.

—Buenas, disculpen —dijo el metalero— ¿Por casualidad alguno de ustedes es médico?

—Yo —dijo el hombre.

\*\*\*

Su nombre era Francisco Londoño, y era padre de Estefanía. Había llegado al refugio junto con su esposa, su madre y sus tres hijos.

Dicha familia pertenecía al selecto grupo de la población que podía enfermarse de un riñón sin temer por su vida, cometer un crimen sin consecuencias penales, estudiar en una buena universidad

sin tener que hipotecar su casa, etc. En definitiva, a la esfera más prestante y digna de la sociedad.

\*\*\*

El doctor Londoño, que nunca salía de casa sin su kit mínimo de implementos médicos, revisó la salud de Daniel con ayuda de un termómetro y una pequeña linterna.

—Este hombre está ardiendo de fiebre —dijo Francisco—; le voy a dar algo para bajarla y que guarde reposo al menos cuatro horas. El cuerpo necesita descanso y ya son casi las dos de la mañana.

—Gracias, doctor —le dijo Boris.

—Sí, gracias “dotorcito” —agregó Daniel luego de tragar las pastillas que le habían dado.

Después de acomodar al mendigo con uno de los aislantes y una buena cobija, el resto del grupo procedió a (intentar) dormir un rato.

Boris fue de los primeros en caer: el cansancio acumulado tras esos dos días infernales lo puso a dormir en un parpadeo.

\*\*\*

El metalero soñó que caminaba por entre las ruinas de Bogotá. Una lluvia de cenizas radioactivas opacaba el sol y sepultaba lentamente las calles de la ciudad. A juzgar por la forma del terreno, ningún edificio había sobrevivido a la explosión.

Lo único que permanecía eran los cerros orientales, con su magnificencia y su vegetación menguadas dramáticamente: el fuego había reducido aquel maravilloso accidente geográfico a una triste montaña de cenizas.

Boris avanzó sin rumbo durante lo que pareció una eternidad.

De repente, el silencio reinante fue interrumpido por una serie de pasos que retumbaban en la penumbra.

El rockero observó, entre la ceniza, tres figuras que se aproximaban caminando lentamente. Eran sus abuelos y su hermano.

Leonardo y María avanzaban cogidos de la mano y el nieto mayor los escoltaba, ajustando su velocidad a la de los ancianos.

Boris corrió al encuentro de su familia y los cuatro se enlazaron en un tierno abrazo grupal.

—¡Viejitos lindos! ¡Pablito! —exclamó el metalero mientras besaba a los abuelos.— ¡Qué alegría verlos!

—A nosotros también nos alegra “mijito” —le dijo María—, veníamos a saludarlo.

—Pero ya nos tenemos que ir —agregó el viejo Leonardo.

En ese momento, el rockero escuchó un sonido que ya le resultaba familiar: el ronroneo de un infectado.

—Y a usted le toca levantarse —dijo Pablo— porque eso todavía no termina.

# 10

Boris escuchó una voz que lo llamaba por su nombre y lentamente fue recobrando la conciencia, encontrándose con la cara de preocupación de Sara.

—¡Levántate! —decía la caleña mientras lo sacudía.— A este “man” le está dando como un ataque.

En efecto, Daniel estaba convulsionando violentamente en el suelo, botando babaza blanca por la boca. Boris corrió hacia el grupo de Estefanía y los encontró a todos dormidos.

Intentó despertar únicamente al doctor Francisco, pero fue inútil: toda la familia Londoño estaba bastante alerta a lo que ocurría a su alrededor.

Al quitarle la cobija al mendigo percibieron un extraño olor, húmedo y terroso, que emanaba de su cuerpo. El doctor solicitó a Boris que iluminara con la linterna, con el fin de tener las dos manos desocupadas, y procedió a retirar la camisa del paciente para hacerle un chequeo respiratorio.

Todos los presentes sintieron su corazón arrugarse, al ver el cuerpo de Daniel cubierto por un racimo de manchas verdosas y desagradables que habían visto en el pasado: el cordyceps los había seguido hasta el refugio.

De inmediato, el doctor volvió a ponerle la camisa al mendigo.

—¡Está infectado! —dijo Francisco en voz baja y sacó de su maletín un revólver.— ¡Este tipo está infectado!

—’Erdaaaaa —dijo Jesús al ver el arma.

—Shhhhhh —lo cayó el doctor— hable pasito, no queremos provocar un pánico colectivo.

—Las balas no funcionan, doc’ —le respondió el periodista en voz baja—. ¡Toca cortarle la cabeza!



El doctor Londoño meditó un instante las palabras del fotógrafo.

—¿Y quién le va a cortar la cabeza? —dijo Boris— Nosotros no somos asesinos.

—Hombre, no es asesinato —interpeló Jesús— o lo matamos nosotros o él nos mata.

Mientras discutían, Daniel dejó de convulsionar.

—Páseme esa espada —ordenó el doctor, y con una frialdad que haría sonrojar a cualquier psicópata, decapitó al mendigo de un solo golpe. Luego arrastró su cuerpo hasta el rincón más apartado de la caverna y lo arrojó simulando que estaba dormido.

—Tenemos que avisarle a la policía —propuso Boris—, después van a decir que nosotros lo matamos.

—Miren —dijo Francisco— solo quedan unas pocas horas para irnos y si la policía descubre que estuvimos todo este tiempo junto a un infectado nos van a dejar aquí tirados. Por el bien de todos, mejor guardamos silencio.

Y dicho esto empacó sus implementos y volvió con su familia.

\*\*\*

El ambiente estaba tan tenso que parecía haberse agotado el oxígeno. Ninguno se atrevía a pronunciar palabra.

Boris se debatía ante el dilema de contactar algún policía y que el doctor “Psicópata” le pegara un tiro o seguir el raciocinio del hombre y no arriesgarse a que los dejaran botados en aquella mina.

De repente, Jesús comenzó a sentir un potente dolor en los huesos, así como dificultad para respirar. El periodista se llevó la mano a la cabeza y la percibió empapada en sudor.

Sin pensarlo un instante se levantó de donde estaba sentado y salió caminando hacia el pasadizo.

—¿Para dónde va? —le preguntó Boris.

—Voy al baño, ¡ya vengo! —respondió el fotógrafo sin aminorar el paso.

Un poco más adelante, el doctor Londoño salió a su encuentro.

—Tenga cuidado con lo que hace... —le dijo el médico en tono amenazador.

—Hombre, ¡relájate! Solo voy pa'l baño.

\*\*\*

Sara y Boris conversaron durante un rato sobre la personalidad intimidante de Francisco, mientras vigilaban el sueño de Angélica, que llevaba varias horas durmiendo apaciblemente.

Para el metalero era un placer escuchar hablar a la caleña, observar su hermoso rostro bajo la tenue luz de los reflectores. Esto le permitía olvidar por un momento el carácter agobiante de esa realidad. Sin embargo, al cabo de media hora comenzaron a echar de menos a Jesús.

Boris se ofreció a ir a buscarlo. Al pasar junto al grupo del doctor Londoño, vio que Estefanía yacía acostada, con su padre y madre rodeándola. El médico lanzó una mirada fulminante al metalero, quien entendió perfectamente el mensaje.

Al llegar a los baños portátiles, Boris encontró un par de personas haciendo fila. Uno de los cubículos estaba cerrado y nadie parecía estar interesado en esperar el turno ahí.

—En ese baño hay un tipo que lleva una cagada muy larga —le dijo uno de los que esperaba, apenas lo vio acercarse.

Boris tocó en la puerta, llamando a Jesús. Luego de varios minutos sin recibir respuesta regresó a su campamento. En el camino de vuelta, cuando pasaba cerca del grupo vecino, observó horrorizado

como Estefanía convulsionaba violentamente en el suelo. Su madre lloraba calladamente y su padre intentaba ocultarla con una cobija.

Boris corrió hacia el doctor Londoño y su familia. De inmediato el médico salió a su encuentro, empuñando el revólver.

—¡Quieto! —gritó Francisco mientras apuntaba al metalero.

—¿Qué está haciendo, parcerero? —le respondió Boris— ¡A ella toca hacerle la misma operación!

—¡No se atreva a tocar a mi hija!

—Ah, pero al otro sí le cortó la cabeza sin mente —dijo el metalero.

Recordemos que Daniel pertenecía a la categoría de personas “desechables”. El problema era que en la mina solo quedaban personas “imprescindibles”, así que situaciones como ésta se estaban presentando por todo el lugar.

\*\*\*

Cuando la conversación empezaba a ponerse interesante, escucharon un disparo que retumbó por toda la mina.

Luego les llegó el eco de algunos gritos y voces estridentes. La esposa del doctor Londoño lanzó un alarido cuando su hija, Estefanía, le propinó un fuerte mordisco en la mano con la que la estaba consintiendo.

Boris corrió hacia Sara y Angélica. Francisco se dirigió hacia su familia, en el momento en que la infectada se incorporaba y arrancaba la cabeza de su madre de un solo tirón. El doctor comenzó a dispararle a su hija, pero lo único que logró fue atraer su atención. Segundos después estaba en el suelo, tapizando la caverna con sus entrañas.

\*\*\*

—¡Nos vamos de aquí! —les gritó Boris, mientras empacaba en una bolsa todas las provisiones que tenían.

—¿Y para dónde putas? —preguntó la caleña.

—Hay que buscar la otra salida. Por la Catedral.

Boris observó como Sara tomaba la katana y con un salto se ponía de pie. Al dar media vuelta descubrió a Estefanía (o su cuerpo, para ser precisos) corriendo hacia ellos con expresión macabra.

La caleña decapitó a su némesis emocional de un solo golpe, devolvió la espada a su dueño y cargó a Angélica, quien se había levantado con el alboroto de los disparos, los gritos, los sonidos de la masacre en curso.

Boris, Sara y la niña corrieron por los pasadizos de la mina, con el sonido de la muerte pisándoles los talones. Algunas personas los seguían en su carrera, buscando el mismo objetivo: abandonar la montaña por la Catedral de Sal, su salida más conocida.

Por fortuna, el camino estaba iluminado con algunos reflectores, así que resultaba menos probable extraviarse en el complejo laberinto de recodos, cavernas y socavones. Sin embargo, la luz también les permitía ver con claridad las formas encorvadas de los infectados, mientras los perseguían.

Luego de casi media hora de correr, las paredes del pasadizo comenzaron a angostarse paulatinamente hasta que se convirtió en un pequeño corredor por donde se dificultaba caminar. La altura no significaba ningún problema para Angélica, pero sí para Boris y Sara, quienes debían avanzar agachados.

Los integrantes de este último rebaño de supervivientes iban menguando con cada metro, conforme los *homo cordyceps* daban alcance a alguna presa fácil, como ancianos, mujeres y niños.

A pesar de la incomodidad que experimentaban, era mayor el terror que les generaba la idea de pensar en los miles de infectados que en ese momento se dirigían hacia ellos. Esto les dio un ímpetu especial con el que siguieron avanzando hasta llegar a los pasillos más lejanos de la Catedral de Sal.

\*\*\*

Boris conocía relativamente bien aquel lugar, por ser el destino turístico favorito de su abuela María. Durante toda su vida había visitado esos pasillos de roca pulida al menos unas siete u ocho veces, siendo testigo de la profunda transformación que había sufrido el espacio.

Basado en este conocimiento, el metalero guió a los que lo acompañaban hasta la entrada: un túnel por donde se colaba tímidamente la luz del día. Las paredes de la Catedral les devolvieron el eco que generaban los sonidos de los infectados a lo lejos.

En ese momento, el sonido de un helicóptero se coló por entre el túnel y llegó a sus oídos como un canto celestial.

Boris y los demás corrieron hacia el exterior de la Catedral, llegando a lo que se conocía como la plaza del Minero, un espacio amplio en forma de medialuna, donde podía posarse sin problema una misión de rescate. Sin embargo, a pesar de escuchar con claridad el motor de la aeronave, no se veía nada en el cielo grisáceo.

Segundos después, el primer *homo cordyceps* apareció por el túnel y entonces el pánico se apoderó de los sobrevivientes, que se dispersaron en varias direcciones.

Boris condujo a sus acompañantes hasta una caseta de suvenires y ayudó a subir a Sara sobre el tejado. Luego hizo lo propio con Angélica. Pero cuando era su turno, un infectado llegó hasta donde estaban.

Y cuál no sería su sorpresa, cuando observaron que se trataba del antiguo cuerpo de Jesús, invadido completamente, obedeciendo las órdenes de un titiritero asesino.

A pesar del profundo dolor que le producía ver aquella figura, Boris se vio obligado a mostrar también sus dotes de samurái, cercenando la cabeza del periodista y haciéndola rodar por el suelo adoquinado.

Con esto, el rockero logró alcanzar el tejado, mientras la marea de contagiados se regaba por el parque turístico. Angélica lloraba en los brazos de Sara. Boris por su parte mantenía lista la katana en posición de ataque.

Ante la inminencia de un trágico final, el metalero se acercó a Sara y le robó un tímido beso en la boca.

—Calmate ventarrón... —le dijo la caleña.

—Ahora sí me puedo ir al infierno tranquilo —le respondió el metalero.

Y en ese momento, apareció en el firmamento el tan anhelado helicóptero: un Mi-17 del ejército. Sara y Boris comenzaron a saltar sobre el tejado y a gritar con todas sus fuerzas.

Mientras tanto, la multitud de infectados alrededor de la caseta seguía creciendo. Y aunque los *homo cordyceps* no supieran saltar, los golpes que recibía la endeble construcción terminarían por derrumbarla.

Gracias a Dios, los ocupantes del helicóptero habían visto a los tres sobrevivientes en la parte superior de la caseta y procedieron a recogerlos con una larga escalera.

Boris quedó de último, cercenando dedos, manos o incluso brazos de los contagiados que se acercaban peligrosamente. Tan pronto el metalero logró aferrarse a la escalera y comenzar a subir, la caseta de suvenires terminó de colapsar.

# Epílogo

Los soldados no habían hecho demasiadas preguntas. Daban por sentado que todos los que habían salido de la Catedral de Sal eran personas con cierto estatus social, fundamentales para la reconstrucción del país.

Angélica fue la que más disfrutó del viaje de casi dos horas por aire hasta Cartagena.

Conforme llegaban a su destino final, Boris pudo distinguir desde muy lejos la ciudad amurallada, puesto que sus límites estaban demarcados por unas inmensas estructuras metálicas que brillaban bajo el sol del atardecer.

Le sorprendió ver movimiento de carros por las avenidas de la capital turística de Colombia. Parecía como si el cordyceps nunca hubiera existido, como si fuera tan solo una pesadilla de la que había llegado el momento de despertar.

\*\*\*

El helicóptero aterrizó en la cancha de fútbol de un colegio al interior de la ciudad amurallada. Otras aeronaves llegaban con más supervivientes.

Todos los civiles fueron conducidos por los soldados hasta unas duchas cercanas al campo deportivo, con el fin de descontaminar sus ropas y sus organismos de cualquier partícula radioactiva remanente.

Hombres y mujeres hicieron filas diferentes. Mientras Boris y los demás esperaban, miembros del ejército les hicieron entrega de una muda completa con la que debían cambiarse, incluyendo la ropa interior.

Muy pronto le llegó el turno al metalero para ingresar a la ducha. Boris estaba muy contento de poder quitarse aquella vestimenta, con la que completaba ya tres días. Una por una fue desprendiéndose de sus prendas hasta quedar semidesnudo.

Fue entonces cuando se percató de unas extrañas manchas verdosas que tenía en la parte inferior de su abdomen...

Nadie dijo que el Fin del mundo iba a ser fácil.



Derechos reservados F.M.J.,  
con Vivants! para la presente edición –

octubre de 2014

ISBN: 978-2-9542846-1-3